

LUIS GOYTISOLO

Coincidencias



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Coincidencias
Créditos

–Perdone la pregunta, pero ¿verdad que usted y yo no nos conocemos de nada?

–¡A esto le llamo yo casualidad! Andaba desde hace ya un rato dándole vueltas al asunto y he llegado a la misma conclusión. ¡Es que no nos conocemos de nada, me decía, pero lo que se dice de nada! ¡Menuda casualidad!

–¡Y que lo diga! ¡Lo que se dice una casualidad, toda una casualidad!

–Qué curioso, ¿no?

–Pues sí, la verdad, de lo más curioso.

(Relato anónimo)

UN SUSTO. Como suele suceder, pasó lo que pasó por un cúmulo de circunstancias. Esa propensión mía a ser demasiado amable, a pasarme. Pero es que no lo puedo evitar: fui educado así. Y es que como el enviado de mi socio de Liechtenstein venía tan sólo por unas horas –lo que se dice visto y no visto–, me pareció que lo correcto era que el chófer le fuese a esperar al aeropuerto y se encargara de llevarle también al irse. Despachamos las cuestiones pendientes antes de lo previsto, y como no me parecía educado dejarle sin más en la calle, me lo llevé a cenar aunque para mí fuese algo temprano; así, por otra parte, iba a poder sondearle sobre cuestiones de carácter más general. Al acabar, mandé un mensaje a Matías, que pasó a recogerle de inmediato. Y yo tomé un taxi, algo no siempre sencillo a esas horas. Además –otra vez la buena educación– cedí el primero que pasó a una señora de aspecto antiguo. El que pillé momentos más tarde en la misma esquina lo conducía un tipo más bien bronco, malencarado. Bien: pues al detenerse delante de casa, y mientras yo pagaba y pedía el recibo, suena el móvil y la llamada resulta ser, precisamente, de mi socio de Liechtenstein, que quería saber qué tal había ido todo, supongo que más que nada para tantearme respecto a la profesionalidad de su enviado. Y claro, la conversación, el cambio, el recibo del taxista, total que sólo cuando me bajo me doy cuenta de que la cartera se ha quedado en el asiento del taxi, perdido ya en la riada del tráfico. Pensé que me iba a dar algo: la cartera, sí, nada menos que la cartera. Y no por el dinero que pudiese llevar, ni siquiera por la documentación personal, no, sino por las tarjetas de crédito, con las que un experto te vacía las cuentas en un pispás. El peligro venía no tanto del taxista, que a lo mejor ni se había enterado, cuanto del primer cliente, del tipo de persona que fuera. ¿Lo bastante honrado como para depositarla en una oficina de objetos perdidos? En cualquier caso había que actuar rápido. Así que me meto en el portal más próximo y llamo a mi secre. Oye, Loya, perdón, Laya, le digo: ya puedes ponerte las bragas y volver pitando a la oficina, y si en la cooperativa del taxi o en objetos perdidos no saben nada, llama a todos los bancos y entidades que

haga falta y que anulen las tarjetas. Bueno, no se lo dije con estas palabras, claro, y Laya respondió como la buena profesional que es, y me aseguró que iba para allá de inmediato, perdiendo el culo. Y eso que debía de estar en un bar de copas, a juzgar por el ruido de fondo que se oía. Total, que reaccionamos rápido y todo se resolvió a tiempo. ¡Suerte del móvil!

2

TRANSEÚNTES. Yo nunca me planto en una esquina cuando busco un taxi. Lo mejor es situarse en una calle transversal por la que sabes que a esas horas vuelven de vacío. Así te evitas que, cuando levantas la mano para indicar que pare, te salga alguien con eso de que él estaba antes.

En las estaciones de metro el problema no era el acceso a los andenes; todo el mundo corría escaleras abajo y el recorrido resultaba de lo más fluido. Lo que me fastidiaba era la salida, quedar pillado por otros cuerpos en las escaleras mecánicas, con el riesgo añadido de tener que aguantar un pedo silencioso. De ahí que prefiriese subir a pie, lo más rápido posible, consciente de la envidia –por no decir el odio– que suscitaba en los de paso pesado. Ya en el andén, al llegar el metro, dejaba pasar los vagones más repletos, ya que si había uno relativamente despejado era invariablemente el último, el más alejado de los accesos. Una vez dentro, cambiaba de sitio en función de los huecos que se fueran abriendo.

Yo prefiero el autobús aunque te tome más tiempo; eso sí, es importante hacerse con un asiento porque, cuando está a tope, con eso de los frenazos es peor que el metro. Y si voy de pie procuro colocarme siempre delante de otra mujer para no encontrarme con esa cosa dura contra las nalgas. Y que lo digas: mi niña se queja siempre de lo mismo. Yo creo que hay tíos que se suben a las horas punta pensando precisamente en eso.

El restaurante es muy bueno, pero para ser bien atendido tienes que llegar con tiempo porque luego se colapsa. El bacalao al pil pil es excelente; en realidad todo es excelente. Yo también prefiero cosas así, de cocina tradicional. Pues no sé qué decirte. Hay un sitio tipo MasterChef que acabo de descubrir donde te sirven unos platos así, de apariencia como japonesa, que son divinos. Hasta el humo que le añaden a uno de ellos es maravilloso.

Salió disparada de la agencia mientras informaba a Yolanda de que ya

estaba en camino. Al parecer iban a instalar una cafetera automática en el pasillo de la oficina y todas se temían que, en cuanto estuviera, se iban a terminar esas escapadas de media mañana. ¿Qué tal lo tuyo?, le preguntó Yolanda a modo de saludo. Pues hija, creo que muy pronto lo mandaré a paseo. ¿Y tú qué tal? ¿Yo? Por el momento no tengo queja: a mi chico todo le parece bien.

Se le ocurrió pensar en lo que podría soltar Matías si algún día se fuera de la lengua, estando al tanto como estaba de todo lo que se hablaba en el coche, de lo que decía cuando utilizaba el móvil, de ciertos puntos a los que solía llevarle... Suerte que era una persona de confianza. Eso sí: era importante tenerlo contento.

Yolanda conducía con suavidad, sonriendo ensimismada al imaginar la cara que iba a poner su chico cuando le detallara lo que pensaba hacerle.

3

EN FAMILIA. Lo de tomar unas copas con los amigos al salir del trabajo era ya un hábito. Así, por otra parte, retrasaba al máximo el momento de volver a casa. En casa ya sabía lo que la esperaba: papi repantigado ante la tele con sus cervezas, como para matar el tiempo en tanto no le llegara la jubilación; contestaría a sus saludos sin volverse, qué tal todo, hija. Mami llegaría más tarde. Era jefa de sección de unos grandes almacenes y, al acabar, solía entretenerse con las amigas a fin de ir preparando la escapada –como ella decía– de los domingos. Al entrar, ni se acercaba a la tele, a esas tertulias que le gustan a su padre en las que una serie de mujeres discuten a gritos quién tiene una hija más puta. Ella prefería enfrascarse en el ordenador o en el móvil y entrar en la red y chatear y mandar fotos. Una vez la pillé en el momento de recibir una foto en la que una mujer chupaba un pezón a otra. Luego se levantaba bruscamente y preparaba la cena en un santiamén mientras le iba dando consejos acerca de cómo vestir y cómo moverse. Tienes unas piernas tan bonitas que has de procurar que caminar sea lucirlas. Y se interesaba por su vida, por sus relaciones, si salía con algún chico en particular. A mí no me importaría que fueras lesbiana, Laya, dijo con un guiño.

INSTALACIÓN. Si Yola trabajaba en una galería de arte no era más que por gusto, por alejarse de casa y ayudar a Ramona en la preparación de las exposiciones, la ubicación de las piezas, los detalles del *vernissage*, el trato con los artistas, por lo general tan raros como poco interesantes. Le gustaba desconcertarlos con sus preguntas mientras deambulaban entre las copas de los invitados. En una ocasión, los penosos intentos del artista de hacerse el interesante, de resultar llamativo, la llevaron a enriquecer la instalación de la que era autor introduciendo un periódico sueco entre los diversos elementos que la componían; nadie se dio cuenta, ni siquiera el artista. O si se dio cuenta, debió de pensar que no quedaba mal y no dijo nada. Según Ramona, le soy imprescindible, pero yo creo que lo que le gusta es comentarlo todo conmigo y que sin mí se las apañaría igual de bien.

En uno de esos *vernissages*, por cierto, conocí a mi chico: fue como si hubiese adivinado que iba a poder manejarlo a mi gusto, y acerté de pleno. Será un emprendedor muy emprendedor. Pero el caso es que se aplicó enseguida a obedecerme en todo, y se diría que feliz de hacerlo. Y mira que soy rara, que me gustan cosas raras. Y él, encantado. A mi papi le cayó muy bien desde el principio. Como lo de la galería. El arte actual mueve cada vez más dinero, comentaba invariablemente.

EJEMPLO EJEMPLAR. Yo había estudiado ingeniería pero ya desde muy joven, con mis lecturas, me fui forjando una cultura empresarial: tratados teóricos relativos a los diversos aspectos del mundo de los negocios, autobiografías, experiencias personales de los grandes empresarios, etc. Claro que lo de ingeniería no fue una pérdida de tiempo, ya que es algo que eleva en varios puntos tu currículum. Bueno, el caso es que cuando empecé a trabajar en una agencia bancaria lo hice ya en un buen puesto, cosa que para mi relación con los clientes fue decisiva. Y así llega el día en que uno de ellos me dice: ¿aquí cuánto ganas? Y yo le digo: seis. Y el cliente me dice: pues yo te doy doce. Y, antes de un año, otro empresario del ramo va y me dice: ¿aquí cuánto ganas? Y yo: doce. Y él: pues yo te doy veinticuatro; ¿y tienes coche con chófer a tu

servicio?... A partir de ahí, compaginando mis conocimientos teóricos con mis experiencias personales, no sólo pude montarme mis propios negocios sino irrumpir con éxito en el terreno de la enseñanza. Total que ya ves: de empleado de banca a profesor de Ciencias Empresariales además de inversor.

Consultó el reloj y, mientras, su sonrisa iba siendo sustituida por una contracción del entrecejo al tiempo que se inclinaba sobre el interfono.

—Olga, ¿podrías reservar una mesa para dos a las dos en punto en el Pantagruel?

6

CHOCOLATE CON CHURROS. Comía entre distraído y absorto, sin volverse hacia su compañero de mesa, mirando como sin ver los churros que hundía en la taza de chocolate.

—¿Te has fijado? —dijo—. Cada vez se ven más.

—¿Más qué?

—Tíos que van pelados de la cabeza a los pies. Pelados y depilados; me dan asco. Parecen gusanos.

—Ya. Es una moda.

—No, no. Es una manera de ser, de comportarse. Su forma de reír, la ropa que llevan, esa camisa entreabierta... Y siempre sonrientes, mirando a uno y otro lado. Tiene toda la pinta de ser cosa genética.

—Entiendo. De maneras afectadas. Como los gays.

—Exacto. Es como si también ellos hubieran salido del armario. Me caen mal. Como los cocineros de prestigio, esos que no preparan más que porquerías. O como los modistos de fama mundial, con sus desfiles de modelos luciendo unos trajes que luego no hay mujer que se los ponga.

Hablaba con fatiga, los párpados pesados, masticando despacio y con la desgana del que lo hace por obligación. Eso sí, dijo, a los que más odio es a los bailarines y bailarinas. O danzarines, o como demonios se diga. ¿A qué viene tanta pirueta? Me gustaría bajármelos a todos como si fueran codornices. De niño me pasaba lo mismo con los payasos.

—Tampoco a mí me gustaban. La mayor parte de las veces no sabían hacer más que bobadas sin ninguna gracia.

—Exacto: bobadas, propias de un bobo. Y lo bobo es como lo fofo, como lo

blando, como lo inerte. Las personas y las cosas. Es lo que pasa con los edredones, las sábanas, las mangueras... Se desmayan, se enganchan... Son cosas que no soporto.

7

LA ANTIGUA. Por las mañanas la Galería Ramona solía tener pocas visitas, y Yola aprovechaba para darle al móvil sentada ante su mesa de despacho, dejando la puerta entreabierta. Los visitantes se desplazaban despacio, deteniéndose ante cada cuadro, intercambiando a lo sumo un breve comentario ante alguno de ellos, casi todos ante el mismo. ¿Era aquello un desnudo en forma de torbellino o una composición de culos, contrapuestos los unos y pareados los otros, en postura evacuante? El más llamativo parecía representar una caca de colosales dimensiones respecto a su entorno inmediato.

Ramona, nada más llegar, le propuso un vermut, ¿nos tomamos un vermut? Un hábito, por lo que parece, pasado de moda, pero que a ella le encantaba. Como todo lo antiguo. Y es que yo soy una persona antigua, decía.

–Yo debí haber nacido en Lesbos, Yoli. Hasta como lesbiana me siento antigua. A Tita, por ejemplo, le gustan también los hombres. A mí no, desde luego, pero no me importa que a ella sí. Es más: algunas veces lo hemos hecho con un hombre en plan *ménage à trois*, y es que me excita un montón ver cómo él se lo hace a ella. Y me gusta hacerle cosas a Tita al mismo tiempo que él le hace las suyas. Y ni él ni yo nos tocamos para nada. Cosas muy de la antigua Grecia, a juzgar por las figuras de la cerámica que se conserva.

–Sí, son piezas que me encantan.

–Me lo imagino, Yoli. Eres una mujer de buen gusto, además de guapa, inteligente y decidida. Nada que ver, por ejemplo, con esas modelos ahora de moda que desfilan por la pasarela como quien camina hacia el patíbulo; o como si ya hubieran pasado por el patíbulo, como zombis. Tú eres tú y por eso me gustas. Y si nunca te he hecho proposiciones es porque también sé que no eres lesbiana. Aparte de que quiero ser y soy fiel a Tita. ¿Lo ves? Hasta en eso soy antigua.

CAMINO REAL. Ya sé que lo que a la gente le gusta es un ejemplo ejemplar: haber surgido de la nada, haber sufrido todo tipo de estrecheces, haber superado toda clase de dificultades, para acabar forjando un imperio económico y, a modo de colofón, dictando un manual sobre cómo triunfar en la vida. Bien, mi caso nada tiene que ver con todo eso. Yo nací rico. Mi padre tenía una próspera industria que fundó el abuelo y que yo vendí a la que me da cuenta de que con toda probabilidad iba a dejar de ser próspera. Con ese dinero monté una sociedad de inversiones que en pocos años ha multiplicado sin problemas el capital inicial. Mi padre está chapado a la antigua pero es una persona comprensiva: no entendió nada, su mundo era otro, pero en ningún momento quiso representar un obstáculo y ahora es un anciano feliz. Mi mujer cumple su papel a la perfección, tan dominante como discreta. Y mis hijos ni me ocasionan ni me han ocasionado la menor preocupación. La mayor vive su vida en ambientes bohemios. Pero tiene un carácter fuerte y sé que, a la larga, será ella la que llevará con mano de hierro la empresa. Y él, pues desde niño tuvo vocación, que es lo que antes se entendía por vocación religiosa. Su principal diversión consistía en jugar a decir misa y pronunciar sermones. ¡Estas modas indecentes!, recuerdo que decía, tan gracioso... Ahora es cura y su mayor ambición es integrarse en la estructura vaticana; vamos, que a su modo también acabará triunfando. Y mi padre, que como ya he dicho está chapado a la antigua, sigue disfrutando con todo lo de su época: las costumbres, los modales, la cocina, la vestimenta, y a la que puede se escapa al pueblo, al chalet de la familia en el que pasábamos los veranos, y yo cuido de que en todo momento esté debidamente atendido. Seguro que nos considera a todos unos alienígenas, pero vamos, lo que quiero decir es que la armonía entre nosotros es total.

SIMBAD.

—¿Qué me cuentas, Emilio? Porque tú eres Emilio, ¿no? ¿Qué te cuentas?

—Pues muy bien, hombre. ¿Y tú?

—Mira, es que al verte entrar he pensado: este chico seguramente se llama

Emilio. Y de golpe he caído: ¡pero si es Emilio! Qué cosas, ¿eh?

–Pues sí.

–Me parece que no me recuerdas.

–Que sí, hombre. Sólo que me cuesta situarte.

–Sitúame en el cole. Yo soy Simbad.

–¡Claro, del cole! Es que ha pasado tanto tiempo...

–Del cole, sí: del cole. Y me llamabais Simbad porque quería ser marino. Creo que el apodo me lo pusiste tú.

–Sí, hombre. Lo recuerdo perfectamente.

–Tú eras un alumno aplicado y yo era de lo peor. Recuerdo que me burlaba de aquel que era bizco poniéndome bizco también yo. Y mira que entonces no existía eso que ahora llaman bullying. ¡Qué bueno que nos hayamos encontrado en una hamburguesería! Pero anda, siéntate con nosotros y seguimos hablando –dijo apartando una silla–. Mira, te presento a mi mujer: se llama Nora y es independentista.

–¿Catalana? –dije, tomando asiento.

–¿Tiene pinta de catalana? No, hombre; ella es canadiense. Mejor dicho, québécoise. No hay más que verla.

Nora me miraba en silencio, con una sonrisa enigmática, poco menos que desafiante y hasta potencialmente peligrosa. Como diciendo: sí, soy así. ¿Pasa algo?

–He estado por allí un par de veces y la verdad es que me encanta. Y tiene una cocina maravillosa.

–¡Y ahora nos encontramos gracias a las hamburguesas!

–Es que por el precio de una hamburguesa ya has comido.

–No es cuestión de precio, sino de adicción. Nada nos gusta tanto como una buena hamburguesa. Y a la que podemos escaquearnos de una comida en uno de esos restaurantes de renombre, tipo MasterChef, y éste es el caso de ahora mismo, nos vamos directos a una hamburguesería. ¡Hay que ser cretino para creerse que las hamburguesas son malsanas, poco menos que un veneno! ¿Somos los humanos animales herbívoros? Detrás de esto lo que hay es el negocio: agricultores contra ganaderos. Viene de antiguo, sólo que ahora se ha globalizado. ¡Menudo disparate! ¿Cómo va a sentarnos mal la carne? Sí, se puede decir que soy adicto a las hamburguesas. Como también a otras cosas –concluyó echándose a reír.

–En mis tiempos de estudiante me pasaba lo mismo.

–¿Lo de las hamburguesas o lo de adicto a otras cosas? –dijo, y volvió a reír–. Pero anda, cuenta, ¿qué es de tu vida? ¿A qué te dedicas? ¿Cómo te van las cosas?

–Con problemas, como a todo el mundo. Soy arquitecto y no corren buenos tiempos para la profesión. ¿Y tú? ¿Qué carrera estudiaste?

–¡Ninguna! Pero no me quejo. Mi empresa va viento en popa. Y nunca mejor dicho, porque es una empresa dedicada a la venta de yates y no te puedes imaginar cómo ha crecido la demanda. Igual se lo debo a mi antigua vocación de marino, a lo de Simbad.

10

MASTERCHEF. La clave reside en empezar en un pueblo poco conocido al que, gracias al boca a boca, vaya acudiendo gente de la ciudad, que corra la voz, que la clientela tenga que apuntarse en una lista, y a partir de ese momento dar el salto, instalarse en la ciudad y crecer y crecer. Pero crecer bien. No ampliando el espacio sino consiguiendo que ese espacio esté siempre lleno. Un restaurante que se precie, tenga o no tenga estrellas, requiere un buen número de pinches en la cocina y otro tanto de camareros dedicados a la presentación de cada uno de los platos a los comensales. El ideal sería un pinche por comensal, y que hiciese también de camarero, de responsable de la pulcritud de esa presentación; algo así como una madre que muestra con orgullo a su bebé recién nacido. Sí, ya sé, algo imposible; por eso digo que sería el ideal. En cualquier caso, las cocinas deben parecer cuarteles, y el servicio a los comensales, un desfile militar.

También es fundamental tener un plato estrella, de referencia. En mi caso, lo que me hizo famoso fue el «timbal de sanguijuelas marinadas sobre lecho de caviar de mollejas y toques de lichi». En la tele no se cansan de sacarlo.

–Pero habrá gente a la que un plato así le tire p’atrás ya de entrada.

–Son más los que prefieren arriesgarse, singularizarse, para luego poder contárselo a otros. Y eso hace que corra la voz.

–No sé, hay cosas que yo no probaría nunca.

–Ya, carne de perro y demás. Es lo último que se me ocurriría promocionar. Y eso que no creas, yo la he probado en Oriente y te aseguro que te llevas una

sorpresa. Pero hay cosas exóticas que, convenientemente trabajadas, tienen un público potencial.

—¿Como qué?

—El cocodrilo, por ejemplo. O la serpiente. Personalmente, creo que lo que podría resultar más llamativo es el caballito de mar.

11

CHOCOLATE CON CHURROS. Una mañana se le ocurrió quedar con Yola en el bar donde desayunaba con sus compañeras de agencia. Pensó que le iba a hacer gracia aquel ambiente antiguo, los mármoles, los espejos, el camarero, los parroquianos. Allí estaba, por ejemplo, aquel tipo que parecía caerse de sueño mientras mojaba los churros en el chocolate; como siempre, la saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Qué te parece el sitio?

—Guay.

Pidieron chocolate, que era lo que allí había que pedir.

—¿Has venido en metro?

—Yo nunca tomo el metro. Me da como aprensión.

—Ya, los apretujones, la gente que tose y todo eso.

—No sólo por eso. Ni siquiera me gusta cuando va más desahogado. Yo creo que es porque funciona bajo tierra y me da como claustrofobia. Aunque tarde más, prefiero el autobús.

—Pues a mí me pasa al revés. En horas punta es aún peor con esos vaivenes y arremetidas. Además, recuerdo una vez que íbamos muy apretados y de pronto noto una cosa dura que se me adhiere al culo, apretando cada vez más. Me doy media vuelta y me encuentro con poco más que un crío que me sonrío como ante un regalo de Navidad. No tuve valor para decirle nada pero me bajé a la primera.

—¿Y no despertó tu curiosidad?

—Pues claro. Entendí perfectamente de qué iba. Por eso, en su momento, me lo dejé hacer. Como era la primera vez, al principio me dolió un poco, pero más bien porque yo estaba contraída. Al relajarme ya fue mejor. Pero vamos, nada del otro mundo. Además acabé con cierto sabor a caca.

—Ya. Si te resulta molesto, lo que tienes que hacer es darte una perita de

agua tibia justo antes. Yo me enteré de que se podía hacer eso cuando, siendo aún una cría, me colé en un sex shop y lo vi en la cubierta de un vídeo. Y, años más tarde, se lo iba a proponer al chico que estaba conmigo cuando vi que él, como si lo hubiese adivinado, iba a por eso, y entonces levanté el culo. Y él se las apañó para no hacerme ningún daño. Y eso que la tenía como un obús.

—¿Y te gustó?

—Pues sí, la verdad. No me pareció mal. Y he acabado cogiéndole gusto, ¿sabes?

12

SON MODAS. Prendas de abrigo voluminosas y oscuras, coronadas por las confortables volutas de una espesa bufanda de tonalidades claras. En contraste con el envoltorio, la figura que aflora es larga y estilizada: el cabello, las pestañas, los rasgos faciales, las blusas y jerséis superpuestos, los estrechos pantalones que moldean a la perfección el culo y las piernas, los tacones altos y macizos, contundentes. Una línea que a la vez que da un aire añorado a la mujer adulta produce el efecto contrario en las adolescentes, identificables por sus piercings y sus maquillajes.

Ellos, en simétrica concordancia, con sus pelos y su barbita afilada, el abrigo ceñido a modo de levita decimonónica, pantalones igualmente ceñidos y ágil calzado deportivo, comparten a la perfección un mismo escenario. Al margen quedan los miembros de las tribus urbanas, con las peculiaridades que les son propias. Y, por supuesto, los gordos.

Y los emprendedores, tú. Esos que han podido dejar la oficina y la corbata y han logrado convertirse en pequeños empresarios. Les ves caminar ansiosos y sonrientes, hablando entre ellos, con su camisa blanca medio desabotonada y una prenda ligera por mucho frío que haga. Y su portátil; a ellos no les basta el móvil. Trabajan el doble que antes. Después de cenar y todo, pero ellos encantados, comentando éxitos, problemas que han resuelto.

—¡Eres un crack, tío! ¡Tu proyecto me interesa al cien por cien! ¡Vamos a revolucionar el mercado!

—Estas cosas van así, tú. Te matas trabajando una buena temporada y de pronto, si la idea es buena, todo empieza a funcionar como por sí solo y tu único problema es invertir con éxito las ganancias que se te vienen encima.

- Así es, tío. Ése es el camino y también yo empiezo a vislumbrar la meta.
–Seguro, tú. Lo tuyo tiene un gran futuro.

13

EL MECENAS. Mi padre tenía una camisería de lujo, de las más prestigiosas de la ciudad. Claro que no era sólo camisería: allí se vendía de todo, corbatas, jerséis, chaquetas deportivas, cazadoras, zapatos, trajes de etiqueta, conjuntos para el campo, vamos, de todo, prendas ya hechas o a medida, a gusto del consumidor. Un sitio de lo más pijo. Aquí vestimos de la camisa a los pies, solía decir mi padre con una sonrisa. Y cuando yo monté la primera tienda de ropa en una galería comercial, una tienda pequeña pero en la que se vendían toda clase de prendas a precios sin competencia, seguro que pensó –no me lo dijo pero se lo noté en la cara– que ahí empezaba el declive familiar. ¡Nada menos que el declive familiar! Él siguió con lo suyo, y cuando se nos fue, mi hermana tomó el relevo y la camisería sigue igual que siempre. Yo, en cambio, ahora tengo toda una red de tiendas de ropa de moda –de esa moda que impone el que la vende– en ya no sé cuántas ciudades. Y si los beneficios de la camisería eran cien, los míos son cien mil. El planteamiento es muy sencillo: ¿qué es más rentable, vender una pieza ganando cien o vender mil ganando diez por pieza en el mismo tiempo? Y el público, tanto o más encantado en mis tiendas que en la camisería. Los locales están siempre de bote en bote, y la clientela es de lo más variada, desde la del país, jóvenes con sus trencas y sus barbitas y sus pelos y sus piercings junto a otros más normalitos, hasta gente llegada de todas partes, negros, hispanos, indios, chinos y turistas de por ahí, quién sabe de dónde. ¿Por qué vienen? Porque saben que les sale barato. ¿Y por qué les sale barato? Pues porque la confección proviene de China, de Bangladesh y países así, del Tercer Mundo, como si dijéramos. Es decir, que doy trabajo y el pan de cada día a gente de zonas subdesarrolladas y vendo aquí lo que ellos producen a gente que me lo compra porque si su precio fuera superior no podrían permitírselo. No estoy muy al día y no sé si la expresión estará pasada de moda, pero lo que yo hago, dar trabajo al necesitado y cubrir las necesidades del que no puede pagar un precio superior, ¿no es ser lo que se llama un mecenas? Para mí que sí. Y orgulloso de serlo.

CAMBIAR EL CHIP.

–Por lo que nos cuenta la solapa, este libro viene a ser como una ampliación de horizontes respecto al anterior, aquel manual de autoayuda que fue su *Guía para emprendedores*. ¿Confía en alcanzar de nuevo las veintidós ediciones?

–Eso espero, si bien este de ahora tiene un carácter, como si dijéramos, más filosófico.

–¿Filosófico?

–Sí, en el sentido de que viene a ser una reflexión que permite entender los planteamientos generales anticuados con los que se va a topar el joven emprendedor a fin de que pueda soslayarlos. Lo que no deja de ser una forma de autoayuda.

–¿Por ejemplo?

–Los planes de enseñanza todavía vigentes: una pérdida de tiempo. ¿De qué le sirve al estudiante la geografía? ¿Y la historia? En internet encontrará todo lo que pueda necesitar en un momento determinado. A todos nos gusta saber de nuestro pasado. Pero para eso no hay que perder el tiempo estudiándolo un año tras otro. Una buena película o una serie televisiva es algo que todo el mundo ve con gusto y que ya no se olvida. Es historia, sí, pero una historia que se visualiza, que engancha, sobre todo si los efectos especiales son buenos.

–¿Y la filosofía? Antes era toda una carrera universitaria, Filosofía y Letras.

–Bueno, hay casos en los que también engancha. Aquel filósofo griego, ahora no recuerdo su nombre, Sócrates, Hipócrates o algo así, que iba siempre desnudo, que vivía en un tonel y por las noches recorría la ciudad con un candil buscando a un hombre, según decía. Ahí hay película.

–También plantea cuestiones que van a levantar ampollas.

–Ya, lo de los jubilados.

–Por ejemplo.

–Mire, lo que cuenta es la realidad, y la realidad es que, al ser la esperanza de vida cada vez mayor y al no retrasarse la edad de jubilación, nos encontramos con que las pensiones, consideradas en su conjunto, alcanzan cifras inasumibles. En época de vacas gordas, el jubilado al menos consume, viajes, fiestas y demás. Pero en época de vacas flacas ni siquiera eso.

¿Podemos permitirnoslo? ¿Ir soltando dinero que no genera dinero? Tarde o temprano habrá que plantearse la cuestión seriamente y establecer unos límites. El niño, según crece, no deja de consumir. Pero el principal gasto del jubilado se va en la asistencia médica pública, que pagamos entre todos y sale carísima. De ahí que haya que establecer unos límites.

–¿Qué tipo de límites?

–De todo tipo. Sin excluir solución alguna.

–¿En todos los órdenes?

–En todos. Lo que se dice una solución final. Vamos, definitiva.

–¿Y cree que los jóvenes van a entender todo eso?

–¡Si nos lo están diciendo con su comportamiento! O, mejor, nos lo están pidiendo: ganar espacio en el mercado de trabajo. ¿Y qué es lo suyo? Lo digital, lo virtual. Tecnología y ciencia aplicada. ¡Si yo creo en los jóvenes! Quien tiene que cambiar el chip es la gente.

–¿Y cree que acabará haciéndolo?

–Pues sí. No tiene otro remedio.

15

TRANSEÚNTES. El hombre de negocios que, al acabar la reunión, se adentra en el coche oscuro cuya puerta mantiene abierta el chófer. La joven que a la salida del trabajo se reúne con sus amigas a tomar unas copas, ansiosa por contar la idea que se le ha ocurrido, una idea de lo más bestia. El joven espigado y airoso que estrena abrigo tipo levita sin saber muy bien adónde encaminar sus pasos. El chef que acude a su restaurante para organizar la cocina y situar a los pinches, a la espera del equipo de televisión que ha de realizar un reportaje. La gente que en hora punta se apretuja en el interior del metro o de un autobús, al tanto los unos de los otros. Los viandantes que, formando un grupo compacto, se enfrentan a los componentes de un grupo similar situado al otro lado de la calle a la espera de que cambien las luces del semáforo. El conductor que arranca como hablando solo o maldiciendo. El repartidor que aparca en segunda fila, las luces de alarma adecuadamente activadas, insensible a los toques de claxon que provoca. El hombre de la gabardina que con paso decidido a la vez que indeciso intenta localizar su coche en la tercera planta de un parking a tope. El turista que, arrastrando su

equipaje como una condena, se detiene un momento a consultar un plano. La joven elegante a la vez que poco convencional que se sonríe interiormente al pensar en las divertidas reacciones –de la sorpresa al escándalo– que ha de provocar la grabación que piensa colgar en la red. El taxista cabreado porque el cliente que acaba de dejar y al que ha tenido que advertir que se estaba dejando la cartera en el asiento se ha limitado a darle las gracias y ni una mala propina. ¡Con lo mal que estaba el trabajo salvo en horas punta! De seguir así las cosas tendría que pedirle a la mujer que volviese a hacer la calle.

16

¡PUES CLARO! Delgados, de barba puntiaguda, el andar saltarín y apresurado, como a impulso de su animada conversación.

–¿Te gustaría matar?

–¿Matar qué?

–¡Qué va a ser! ¡Gente!

–¿Gente?

–Sí, gente. Degollar en plan yihadista. Tener un tío arrodillado ante ti y acariciarle el cuello antes de rebanárselo.

–¡Yo no quiero hacerme yihadista!

–¿Y crees que yo sí? La idea es hacerlo como si lo fuéramos pero sin serlo.

–¿Pero matando de verdad?

–¡Pues claro! Es cuestión de buscar la ropa adecuada, negra para ti y naranja para él, y de organizar un secuestro sin dejar huella.

–Me parece muy complicado. Acabarían pillándonos.

–O no. Todo el mundo pensaría que han sido yihadistas de verdad. La cuestión es no dejar cabos sueltos. Tiene que ser estupendo que te vayan grabando mientras le acercas el cuchillo al cuello para luego cortárselo de un solo tajo.

–Dicen que los cuchillos que cortan más limpiamente son los de porcelana.

–Tonterías. Eso para los chefs de moda. El cuchillo tiene que ser uno de esos de monte bien afilado.

–¿Y no te gustaría hacérselo a una mujer?

–No. Tiene que ser un hombre. Pero qué, ¿te gustaría o no te gustaría?

–¡Pues claro! Pero lo veo muy complicado. Y al final nos pillarían.

–También podríamos disfrazarnos tú y yo y grabarlo como si todo fuera de verdad. Nadie se daría cuenta y el éxito sería el mismo. ¡Me pido el papel de yihadista!

–Bueno. Eso ya lo veo más factible. Aunque hay que andar con ojo, porque también podría crearnos problemas. En cuanto a lo de los papeles, podríamos grabar las dos versiones y que gane el mejor.

17

LA PALOMA. La verdad es que soy afortunado hasta en eso. ¡Con la de problemas que tantos padres están teniendo con sus hijos! En cambio, los míos... Ella hace lo que le da la gana, sí, es muy suya, pero eso es precisamente lo que le va a dar confianza en sí misma cuando llegue el momento de ponerse al timón de la empresa. Por de pronto le gusta mandar. Y él, bueno, yo creo que en lo suyo tiene un gran futuro por delante. En cierto modo lo anuncia ya su mera presencia física, esbelto, alegre y elegante en su sotana que brilla como la seda. Porque lo suyo es la sotana, por más que con frecuencia no tenga más remedio que ir de clergyman. Me atrevería a decir que su empeño en hacer carrera en el Vaticano –que es donde se puede hacer carrera– responde a esa afición suya a la sotana. Supongo que será porque su vocación le viene de niño y entonces los curas llevaban sotana. Cuando empezó a ir a la escuela ya le gustaba jugar a decir misa y pronunciar sermones, algo tan gracioso como poco frecuente. Por lo que se ve, la vocación se hizo definitiva a partir de un sueño que tuvo, ya en la adolescencia, en el que se le aparecía el Espíritu Santo en forma de paloma, una paloma que se mantenía inmóvil y con las alas extendidas allá en lo alto, como en los cuadros de los pintores de antes, y me decía que sí, que era el Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad. Un sueño que bien podría calificarse de revelación, una revelación relativa al misterio de esa Santísima Trinidad. En especial, el hecho de que de las tres personas sea el Espíritu Santo el que aparentemente ha tenido siempre una menor presencia. Algo que se halla en trance de cambiar. Porque si el Espíritu Santo ya engendró en la Virgen al Niño Jesús y protagonizó el bautismo de Cristo al descender en forma de paloma sobre las aguas del Jordán, su aparición, esta vez en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles reunidos en el cenáculo

de Emaús, fue como para evidenciar que había tomado el relevo de un Jesucristo ya ascendido a los cielos. Vamos, por lo que yo entiendo, algo que él interpreta como lo que viene a ser una dinastía. En esencia, que, siendo las tres personas un solo Dios, al Padre le correspondía el periodo recogido en el Antiguo Testamento; al Hijo, los hechos recogidos en el Nuevo Testamento y los dos mil años de cristianismo, y al Espíritu Santo, a la Paloma, cuantos acontecimientos se produzcan a partir del momento actual, de un mundo digital y volátil a la vez que interconectado como el que nos ha tocado vivir. Es decir: meros cambios de apariencia adecuados a cada época. Algo como intuido por la propia Iglesia en sus esfuerzos por autorrenovarse –que la llevaron a cometer algún que otro error, como la marginación del latín, que funcionaba porque la gente no lo entendía, y de la sotana–, pero también por la sociedad, al convertir precisamente a la paloma, por ejemplo, en símbolo mismo de la paz. En fin: ése venía a ser, traducido en palabras, el contenido de lo soñado. Y el caso es que, a partir de ese sueño, si de niño me entretenía identificando toda clase de figuras en las baldosas negras del suelo arlequinado, rostros de mujer, animales diversos, dragones como de cuento, ahora, sobre el fondo rosado de las baldosas de la residencia, sólo veo palomas grises, palomas y más palomas sobrevolando multitudes.

18

MASPALOMAS. Pues será por contagio o cuestión genética, pero el caso es que, hace ya un tiempo, también yo tuve un sueño en el que hablaba con el Espíritu Santo. Sólo que en vez de aparecérseme como a Valentín, la cosa empezó a través del móvil. Andaba yo manipulándolo y lo único que conseguía es que me salieran palomas por todas partes: paseando por los andenes de una estación importante, una de esas de grandes estructuras metálicas abovedadas. O en una plaza pública o entre las mesas de la terraza de un bar. O inmóvil sobre el respaldo del banco de un parque, idéntico al que yo estaba ocupando. Sólo entonces caí en la cuenta de que, sentado en el mismo banco, había un tipo cuyos rasgos no sabría describir por lo anodinos, y al que en el móvil que estaba toqueteando tampoco le salían más que palomas, palomas y más palomas. Y como se volvió a mirarme sonriendo, yo voy y le digo:

–Oye, ¿tú quién eres? ¿El Espíritu Santo o un demonio?

La sonrisa se convirtió en carcajada.

–El demonio desde luego que no –dijo.

Y yo:

–Entonces, ¿el Espíritu Santo?

Y él:

–Ajá. Pero no te preocupes. Si mucha gente nos confunde es porque aún no saben nada de mí, porque soy poco menos que un desconocido. Tú misma, ¿qué sabes de mí?

–Lo del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, lo del fruto prohibido y todo eso.

–Ya. Y lo de la serpiente y demás. También hay gente para quien fue un cuervo y no una paloma quien hizo saber a Noé lo del fin del Diluvio Universal. Todo fantasías.

–¿También lo de que Adán y Eva se avergonzaron de pronto de andar desnudos?

–¡Fue por el frío! Yo me limité a ponerles al corriente de lo que es la vida.

–¿Y lo de follar y todo eso? El riesgo de embarazo si no se toman las debidas precauciones, quiero decir.

–¡También! ¡Si eran unos inocentes!

Se acodó en lo alto del respaldo y, bajando la voz, dijo:

–Oye, ¿damos un paseo?

–Bueno –creo que llegué a decir mientras nos incorporábamos.

Y entonces me desperté ya como levantándome de la cama. Y lo primero que se me ocurrió fue que uno de los principales observatorios espaciales del mundo se llama Maspalomas.

Lo que no entiendo es por qué lo recuerdo todo tan bien. Incluso que le iba a preguntar acerca de cómo va eso de engendrar en una virgen y que siga siéndolo. Para el caso tiene más gracia el sueño de una amiga en el que también se hablaba de Adán y Eva porque, cuando la expulsión del Paraíso, lo que de pronto les dio vergüenza era hacer caca el uno delante del otro. Y, claro, lo que pasa es que aquellos días estaba rompiendo con su chico. En cambio, yo..., pues no sé. Pero no es éste mi caso.

LA RECOMPENSA. Son tal para cual. Por algo se llaman las dos Laya. Y por algo no tengo nada que decirles. A la madre, desde hace tiempo; a la hija, desde que dejó de ser una cría. Son como de otra raza. Ella llega y se mete en el ordenador a chatear con sus amigas. La niña, a toquetear el móvil tumbada en la cama. Y yo, que me he pasado el día entre móviles y ordenadores, pues agarro unas cervecitas y me instalo ante la tele a ver una buena película. No esas de festival, que suelen ser una lata: lo que se dice una buena película, una de esas que te atrapan desde el principio y te mantienen en vilo hasta el final. Como la de ayer. La historia de un ex policía corrupto que al salir de la cárcel decide rehacer su vida, por lo que emprende la búsqueda de un asesino en serie entre cuyas víctimas se cuenta una novia que tuvo en la adolescencia y con la que un día, para su sorpresa, se topa de nuevo, y entonces ella, en la que el amor revive con más fuerza que antes, le revela que su cadáver fue manipulado por unos extraterrestres que robaban cuerpos de la morgue y los resucitaban con el fin de convertirlos en una suerte de quinta columna de acuerdo con sus designios de apoderarse del planeta Tierra. Así terminaba el episodio de ayer.

20

MATEO. Había iniciado la marcha atrás para salir de su plaza de parking cuando en el corredor, a su izquierda, se detuvo otro coche indicando con el intermitente que pensaba ocupar el puesto que dejaba libre. Bien: pues, casi al mismo tiempo, otro coche que llegaba por el lado derecho se detuvo como para facilitar la maniobra. ¡Conjunción de cretinos! ¿Y yo por dónde salgo, hijos de puta?

Ya en la calle, justo antes de la esquina, el que iba delante se detuvo al tiempo que encendía las luces de posición, en tanto que a su derecha se sucedían coches y más coches, bloqueándolo. ¡Menuda recua de idiotas!

Al llegar a la glorieta, una serie de coches pegados los unos a los otros le obligó a parar de nuevo pese a ser él quien tenía preferencia. ¡Qué imbéciles! Y el que inventó las glorietas, tonto del culo. ¿Qué tenía contra los semáforos?

¡Como esos gilipollas que le adelantaban a toda pastilla, creyéndose que la calle era una autopista y ellos unos ases del volante!

O como aquel cabrón que le robó, como quien dice, aquel espacio libre ante

la pizzería en el que él habría aparcado de haber llegado unos segundos antes. Ahora qué, ¿buscar otro parking?

O el peatón que le hizo frenar en plena maniobra, cuando por fin encontró otro espacio libre. O, comprada ya la pizza, esos otros peatones que cruzaron a la carrera cuando el semáforo, para él, aún estaba en ámbar. ¡Cuántos hijos de puta! ¡Como me llamo Mateo que algún día os voy a dar por saco a todos!

21

ABU. La ciudad se le hacía cada vez más insoportable. Si pensar en el pueblo era antes una simple reacción de nostalgia relacionada con la infancia de sus hijos y la suya propia, volver al menos los fines de semana era ahora poco menos que una necesidad. La casa de sus padres en el casco antiguo, el chalet que años después se hizo construir a las afueras del pueblo, un chalet de los de antes, de estilo suizo, con un bonito jardín y una bonita piscina. Allí veranearon durante años, y los chicos lo pasaban estupendamente jugando con los chicos de los chalets vecinos. Pero a la que el mayor tomó las riendas, a la vez que vendía la fábrica y montaba su negocio, se desentendió del chalet y de todo lo relacionado con el pueblo y, empujado seguramente por su mujer –que es lo que creo que se dice un poco pija–, compró una mansión cerca de la costa, una zona de turismo caro, y la arregló por todo lo alto. Y allí veranearon mis nietos a partir de entonces, y cuando yo les llevaba de vez en cuando al chalet del pueblo se quedaban como sin saber qué hacer. Pero si la madre es lo que se dice un poco pija, sus hijos no iban a serlo menos, y hasta el padre, mi propio hijo, acabó contagiándose. Un ejemplo: su afición a ir en mangas de camisa. La empresa que montó es una oficina que ocupa varios pisos de una especie de rascacielos y con un montón de empleados que no sé exactamente lo que hacen, aparte de dejar el ordenador sólo para juntarse en constantes reuniones de trabajo, silenciosos y encorbatados ellos y como salidas de una revista de moda ellas. Valentín, en cambio –que se llama como yo y como su hijo, a modo de dinastía–, siempre en mangas de camisa y siempre riendo. Como si todo tuviese mucha gracia. En mis tiempos, el que llevaba corbata era yo. Y la sigo llevando salvo cuando estoy en el pueblo. Hoy día, al parecer, la corbata y el traje oscuro es algo que se reserva para reuniones y cenas de empresa y ceremonias por el estilo. En el día a día, es cosa de currantes.

Corbantes, les llamo yo. Y mi hijo me mira como sorprendido, como si no hubiera entendido la broma o no le viera la gracia.

COCOTRILO. En mis comienzos, la broma que me hacía todo el mundo consistía en decirme: «Tú, más que Billar, debieras llamarte Carambola», debido, claro está, a que, tratándose de dinero, acertaba siempre y de forma rápida en mis inversiones; lo que no sabían era que el primero en inventar la broma fui yo mismo, al establecer contacto con un posible socio. Créame, le dije: más apropiado que Billar sería que me llamase Carambola. Así mismo se lo dije. ¡Si ya de niño era un bromista! ¡Si nací bromista! Luego inventé lo de Cocotriilo, pero ha tenido menos éxito porque a la gente le falta sentido del humor. O porque no entiende el juego de palabras, que, lo reconozco, no es sencillo, una síntesis de coco, trilero y cocodrilo. Lo de coco, por aquello de ¡que viene el coco!, seguro como estoy de que es lo primero que mucha gente piensa de mí, porque sabe que no me tiembla el pulso a la hora de tomar una decisión que tal vez haga que mientras yo salgo ganando otros salgan perdiendo. ¡Y qué le vamos a hacer! Los negocios son los negocios. Lo de trilo viene de trilero, y es que se ve que una vez alguien dijo que de mí podía uno fiarse tanto como de un trilero. Y en el fondo no le faltaba razón. ¡Como si ganar dinero no fuese lo que mueve a todo el mundo, al planeta! Y lo de cocodrilo, porque al mismo tiempo que ando metido en lo que llaman fondos buitres, he montado una sociedad dedicada a la defensa de los afectados por productos tóxicos financieros que han perdido su valor con la crisis; a cambio, claro está, de una buena comisión. Y, claro, como en los anuncios que publico en la prensa sale una foto mía sonriendo, hay gente que dice que, tanto los ojos como los dientes que asoman al extremo de la sonrisa, son de cocodrilo. Cosas que a mí ni me importan ni me ofenden; que en realidad me divierten. Porque lo que la gente desconoce es el buen carácter que tengo. Nada me gusta más que reunirme con socios y amigos en torno a una buena comida y reírme a gusto de todo eso. ¡Si soy de lo más simpático y buen tío, como bien saben los camareros por las propinas que les dejo! Y si la gente no lo sabe, pues, como se decía cuando era niño, ¡a mí, plin! Ah, y otra cosa: soy además un padrazo, con ocho rorros traídos al mundo. Con ayuda de mi esposa, claro, lo que se

dice una mujer de carácter. Recia y envolvente. Yo le digo que es una máquina de parir, y ella dice que es una vaca lechera porque le encanta amamantar. Ha podido con todos. Y son ocho: cuatro chicos y cuatro chicas. Ocho, el número de la suerte para los chinos.

23

ECHANDO UN CIGARRILLO. Oscuros los trajes no menos que sus respectivos coches, los chóferes habían formado un pequeño corro y mataban el tiempo en espera de que terminase la reunión.

–¿Y tú qué cuentas, Matías? –dijo el que tenía aspecto de portero de discoteca.

–Pues yo no me quejo. Me trata bien y me paga bien. ¿Qué más puedo pedir?

–Nos pagan bien porque saben que nos enteramos de todo: de lo que hablan, de con quién hablan, de adónde van, de lo que cuentan por el móvil...

–Yo nunca presto atención a esas cosas. Y mi jefe no va a sitios raros.

–Pues un compañero me contó que le vio entrar en un club de alterne al que suele ir el suyo.

–Yo nunca le he llevado a clubs de alterne.

–Claro, porque se baja antes para que no te enteres. A ti te dirá que le dejes un poco más arriba. El que yo te digo se ve que es un asiduo.

–Ni idea, chico. Delante de mí es una persona muy seria.

–Y lo será. Otro asunto es que le gusten cosas muy, muy especiales.

–¿Como qué?

–Sadomaso, mujeres con látigo o con polla... Cosas así.

–¿Mujeres con polla?

–¿De veras no lo sabes? Pues tú también podrías serlo. Te pones en manos de un buen cirujano especializado, y hecho.

24

TRANSEÚNTES. En coche con chófer, en taxi, en autobús, en metro, a pie.

El transporte público tiene sus riesgos: los carteristas, los mendigos, los

músicos ambulantes, los apretujones, los pedos, las toses, los estornudos, los contagios.

Los accesos son ya un peligro. Esas parejas de chicas que mientras una te pone una flor en el ojal con todo el desparpajo la otra te roba la cartera. O esas otras, por lo general inmigrantes, especializadas en limpiar bolsos y mochilas de señora, jóvenes o ya no tan jóvenes atosigadas por las prisas.

Puntos de destino de lo más variados: oficinas encristaladas, despachos suntuosos, restaurantes de comida rápida, restaurantes con estrellas, hoteles de lujo con piscina y jacuzzi, gimnasios para mantenerse en forma, saunas gay, cines, sexshops, mercados y supermercados, galerías de arte, tiendas pijas, los diversos lugares que intenta localizar el turista al consultar un plano, museos y monumentos ante los que sacarse un selfie o mandar un whatsapp.

Aparición, a esas horas, de abundantes figuras en forma de bulto, volúmenes pesados de lento desplazamiento, gente agobiada por los kilos o por los años, por los rasgos inflados y colgantes, por las arrugas, por las ojeras, las hernias, los cálculos, las atroñas, idénticos a como iban a ser recordados por los suyos, como si siempre hubieran sido así.

Ligeras variantes en el curso del día.

25

LA CIRUJANA.

—¿A ti no te gustaba jugar a los médicos cuando eras niña?

—Ya lo creo. Me encantaba.

—Yo prefería hacerlo con chicos.

—A mí me daba igual. Con niñas también tenía su cosa.

—Pero las niñas no tenían pito y los niños sí.

—Ya. Pero era tan poca cosa. Y a Valentín, cuando le enseñé de qué iba, no le interesó en absoluto.

—Qué raro.

—Es que era un niño raro. Decía que aquello era pecado. Y eso que me limité a enseñarle cómo hacíamos pipí las niñas.

—A mí lo que me gustaba no era mirar sino tocar.

—Toma, pues claro. Y yo era quien lo organizaba todo. Por eso me llamaban la cirujana. Y es que hacía como que les operaba.

- ¿Y jugar a las torturas? Porque hay gente que ni sabe lo que es.
- Pues es el paso siguiente. Nosotras lo llamábamos jugar a suplicios.
- A mí me encantaba. Sobre todo que me torturaran.
- A mí al revés. Nos juntábamos cuatro o cinco, todos hijos de veraneantes. Subíamos al desván de casa y allí les ataba las muñecas a unos postigos y les sometía a suplicios.
- ¿Qué les hacías?
- De todo. Pero una vez un chico empezó a estremecerse, a tener una especie de convulsiones, y entonces nos asustamos y dejamos de hacerlo. Fue algo así como un orgasmo seco.

26

EL YATE. Creo que mi papi se imagina que yo soy un pijo que sólo piensa en divertirse y que lo de la informática es para mí una forma más de perder el tiempo. Habré salido al abuelo, porque la verdad, puestos a elegir, prefiero su camisería a esa cadena de grandes almacenes de la que papi está tan orgulloso. La camisería será un negocio de otra época, pero al menos es elegante. De ahí que yo pase de hablarle de mis planes. Para él, lo del yate es una pijada más. Y no lo es. De hecho, la idea es que, en la práctica, el yate venga a ser mi domicilio, conforme a aquello de *mobilis in mobili*. El yate y, como punto de anclaje, un buen apartamento en Venecia; cosas que él es incapaz de apreciar. Lo suyo es pasar las vacaciones en algún complejo de lujo de las Antillas y ya está. De lo más vulgar. ¿Cómo va él a comprender lo de Venecia o que mi domicilio sea un yate que me lleve a donde yo quiera, a donde me resulte más práctico estar? Un planteamiento de lo más actual, de lo más moderno, que hace del capitán Nemo lo que se dice un profeta. Porque mi proyecto –que naturalmente no pienso contarle ni en broma– es, en su momento, vender el conjunto de sus tiendas y con el capital resultante montar una empresa de ventas online de los productos más diversos, capaz de atender pedidos de hasta el último rincón del mundo. De modo que por cada mil empleados que él pueda tener yo me las apañe con cincuenta. Y sin el gasto que suponen los locales, salvo, claro está, las naves de almacenamiento. Un proyecto que si no se lo cuento no es ya para que no se sienta ofendido, con lo orgulloso que está de su empresa, sino porque igual le da algo. Pues yo se lo

diría, dijo entonces mi pareja afinando los labios en una sonrisa. Y añadió: claro que, como te diría una amiga, también podríamos envenenarle. Y acentuó la sonrisa. Una sonrisa que nunca sabes si es de broma o si va en serio. Tan amplia como enigmática. Así es ella.

GOLPE DE SUERTE. Su reacción fue tan rápida como instintiva. Divisó la cartera nada más entrar en el taxi, a su lado, sobre el asiento, mientras daba al conductor las indicaciones precisas, y se la guardó de inmediato disimuladamente. La de dinero que había dentro lo comprobó nada más bajarse. A la luz de un escaparate: más que suficiente para comprarse el ordenador por el que suspiraba desde que salió al mercado y permitirse incluso algún capricho complementario. Ya no tenía que esperar a que se lo compraran sus padres como regalo de Navidad. El único problema era justificar ante ellos que ya pudiera hacerlo. Sobre todo por su madre, siempre tan estricta. Los creyentes lo arreglan todo confesándose y así ya pueden volver a pecar; y como yo no soy creyente..., decía. Pero la solución le surgió con la rapidez propia de un ordenador; una historia que además iba a llenar de satisfacción a sus padres: que le había salido un curro y que con ese dinero pensaba comprarse el ordenador. ¿Un curro? Sí: vaciar de determinados programas y contenidos todos los ordenadores de una empresa, la de los padres de un compañero de curso.

Tras borrar toda huella de la cartera con un pañuelo la metió en una papelería. Por un momento le había pasado por la cabeza indagar en la red los datos de su dueño a partir de los documentos de identidad y de las tarjetas de crédito, sentirse un hacker, pero desechó la idea de inmediato ya que tenía sus peligros. El principal, su madre, que también entendía de ordenadores y a lo mejor acababa pillándole. A saber qué datos quiere que le limpies, se había limitado a decir antes con una risita.

Lo bueno era que, comprado el ordenador, aún le iban a sobrar unos dineros. Los suficientes como para permitirse un capricho. Elegir a una mujer con buena pinta de esas que hacen la calle y que le iniciara bien en todo lo que se refiere al sexo. A partir de ahí, ya podría ir de fiesta con los amigos.

¡JA, JA, JA! No les preocupaban las vacaciones, ni que de hecho trabajaran catorce horas diarias contando las de la noche, ya en casa. Lo que sí necesitaban, cuando se hacía preciso desplazarse a otra ciudad por razones de trabajo, era alojarse en un hotel de lo más guay, de lo más exclusivo. Y, en los ratos libres, sentarse a tomar unas copas en torno a una piscina cubierta unidos por la afinidad de sus gustos, de sus ambiciones, de sus triunfos personales. Al proceder de distintos lugares, el idioma más utilizado solía ser el inglés, y en inglés sumaban sus bromas y hasta sus risas. La identificación, el mutuo reconocimiento eran inmediatos. Y, contra lo que pudiera suponerse, no se hablaba de lo que hacía cada uno, de sus logros, que se daban por supuestos. La celebración colectiva se nutría más bien del ingenio de cada uno, del aplauso merecido por semejante ingenio, del efecto de las copas, del contagio de las carcajadas. ¡Ja, ja, ja! El patrimonio puede convertirse en un coñazo sólo comparable al matrimonio, dijo uno. ¡Ja, ja, ja! Copas en alto, guiños cómplices, el glorioso disfrute de lo exclusivo, de lo disparatadamente caro, para hacerlo inasequible a quien no fuese como ellos. El goce de celebrarlo en compañía de otros no menos entregados al disfrute de lo volátil precisamente por su condición de volátil. ¡Ja, ja, ja!

BUSINESS SCHOOL. Resulta curioso que la imagen de la Edad Media que se nos vende sea la de una época mísera y primitiva, cuando en realidad fue todo lo contrario. ¡Ellos sí que sabían! Los nobles, los señores feudales –y la Iglesia, claro–, cobraban directamente de los campesinos, mientras que en los municipios eran las autoridades locales quienes hacían lo propio con los artesanos. Y todos ellos pagaban más o menos a regañadientes, como es lógico, al Rey, al monarca absoluto; un monarca que precisamente había otorgado el título nobiliario a ese aristócrata que iba a ser su intermediario en lo que a recaudación se refiere. Vamos, toda una estructura planificada a la perfección de lo que hoy entendemos por un negocio. ¿Y había paro? Pues no, por más que campesinos y artesanos se sintieran injustamente tratados y no dejaran de plantear lo que nosotros entendemos por reivindicaciones

sindicales. Pero lo cierto es que todos se las apañaban para ir tirando: señores y siervos, palabras que hoy suenan mal pero que son la clave de un sistema que duró mil años. Ahora, en cambio, ¿cuál es la situación? ¿Con qué nos encontramos? Pues con que las máquinas y la progresiva automatización de su uso no hacen sino suprimir puestos de trabajo. Una nimiedad si lo comparamos con las perspectivas del futuro, con el panorama laboral de cuando se generalice la robotización tanto del antiguo trabajo manual como del propio de una oficina o de un comercio. El empresario, con unos pocos auxiliares, lo podrá controlar todo no ya desde un ordenador sino incluso desde el móvil, se encuentre donde se encuentre. El verdadero problema será entonces el de qué hacer con el paro, con un número a todas luces exorbitante de parados. ¿Habrá subsidios suficientes para todos? Es evidente que no. El problema del problema será entonces cómo lograr que tantas y tantas personas sin trabajo sigan siendo al mismo tiempo consumidores, que con un normal consumo diversificado mantengan la demanda necesaria para que la actividad productiva siga siendo un negocio. Éste es el quid de la cuestión. Un problema que no existía en la tan denostada Edad Media.

—Pues para mí, de niño, la Edad Media ya era mi época preferida.

30

ABU. Durante un tiempo mantuvo la pauta de ir a pasar los fines de semana al pueblo, como si aún no se hubiese jubilado. Pero poco a poco fue ampliando su estancia, especialmente por la compra del viernes y el mercado de los lunes. La Remedios, que mantenía la casa como los chorros del oro, se había ofrecido reiteradamente a encargarse de la compra o bien a acompañarle. Le tuvo que explicar que le gustaba hacerlo, y hacerlo solo. Cuando sí agradecía su compañía era después de cenar, para ver la tele. De hecho, es donde me siento más en casa, en mi casa de siempre. Y estoy seguro de que, a la larga, a todos acabará pasándoles lo mismo. El otro día precisamente, cuando yo me iba para allá, Yoli va y me dice: a mí, el chalet siempre me ha parecido uno de esos relojes suizos de pared en forma de casa de los que, cuando suenan las horas, sale un pajarito.

El carácter del entorno había cambiado. Ya no había figuras como Mingo Cabot, tan flaco, tan adusto, todo un personaje, y fincas tradicionales como La

Mata estaban prácticamente deshabitadas. Y como ya no estaban de moda los veraneos de antes, la mayoría de los chalets habían sido comprados o construidos por los ricos del pueblo, que poco a poco iban abandonando el casco antiguo. Ahora apenas si se veían niños, lo que no dejaba de ser una ventaja. La relación con sus vecinos se limitaba a cruzar un saludo cuando coincidían paseando al sol. El otro punto de encuentro era la misa de los domingos, la de las doce, a la que se iba en traje de chaqueta y algunas mujeres hasta con mantilla. Él se ponía siempre en las primeras filas porque a los niños solían concentrarles al fondo, ya que no sabían estarse quietos. Cuando tuvieran unos pocos años más dejarían de ir, pero serían sustituidos por otros niños y otras madres.

¡Cómo había cambiado todo! Y para bien. Un paisaje rural limpio y desinfectado gracias a los herbicidas y plaguicidas de Santo Spiritu o Montepío o Montesión o Sacromonte o comoquiera que se llame la empresa que los fabrica. El campo de antes, de cuando yo era niño, parecía salido de una de esas ilustraciones de revista decimonónica. El regreso a casa al anochecer, la familia entera montada en el carro, el hombre, con su gorra y su manta, en el pescante, riendas en mano; una o dos mujeres sentadas entre los sacos junto con algún crío, y un perrillo con su trote ligero atado a la parte posterior. Mientras que ahora todo se hace a máquina y la gente joven parece gente de ciudad. Y es que trabajar hoy en el campo es como trabajar en una fábrica. Todo, labrar, sembrar, abonar, cosechar, todo, todo se hace a máquina. ¡Qué gusto da verlas en acción! Máquinas cada vez más grandes que, según avanzan, parecen devorar los campos. Y todo muy ecológico, ahora que los abonos químicos están siendo sustituidos por purines, caca de cerdo, de vaca o de gallina salida directamente de esas granjas modernas que, por su tamaño, parecen hangares. Está el olor, claro. Pero ya se sabe: son los olores del campo. Un campo que da gusto verlo, limpio, despejado, sin hierbas ni plagas de ningún tipo. Lo de Montesión, la marca que yo digo, es verdaderamente milagroso.

MODA DE VERANO. Pocos cambios: camiseta, calzón a media pierna, chanclas. Lo más variado es el físico propiamente dicho. O mejor: los pelos.

Pelos largos, en melena. O en cresta, brotando de un cráneo pelado. Y barba afilada o tipo perilla. O abierta en abanico y teñida de rubio. O de rojo. O pelos tipo pirata, como buscando un look potencialmente peligroso. También se lleva cada vez más el cráneo pelado, tan pelado como el resto del cuerpo. ¿Ellas? Hombre, siempre más elegantes: silueta estilizada, pelo lacio, preferentemente negro, como si el rubio hubiera pasado de moda... En cuanto al atuendo, blusas vaporosas y pantalón corto muy somero, los bordes lindando ya con la oscuridad de las ingles.

En plena temporada los pueblos difieren poco de las ciudades, no menos pesado el andar de la gente de paso –turistas y veraneantes– según bajan del coche, el somero bolso pendiente del hombro. Salvo algún que otro rasgo propio de los veraneos en el campo: la irrupción de los torvos y oscuros moteros, los aguerridos pilotos de quads sumidos en sus fantasías infantiles, los escurridizos ciclistas, etc.

Los gordos son capítulo aparte. En la gente de edad más que de gordos habría que hablar de recios. Con ese andar solemne, autoritario, la panza por delante bajo una camiseta que parece desteñida cubriendo el arranque de unos pantalones hasta media pierna, todo él pivotando sobre unas desnudas sandalias; la altivez de la expresión contribuye sin duda a que la gente les vaya cediendo el paso a lo largo de las aceras. Es entonces cuando, en concordancia con el resto del cuerpo, cobra relieve el volumen de las posaderas, salvo alguna que otra excepción de anchuras asombrosamente aplanadas. Pero los gordos de verdad son por lo general mucho más jóvenes. Gordos y gordas de redondeces singularizadas a la vez que integradas en un solo volumen para el que un retrete vendrá a ser poco más que un orinal.

Se volvió a contemplar, ponderativo, el pesado paso de la pareja con la que se acababan de cruzar. ¿Te imaginas? Menuda producción la de esas posaderas.

PARA EL CASO, UN ELEFANTE.

–Lo que siempre me ha parecido horroroso es lo de los coitos con animales.

–Pues sí. Pero yo creo que más bien son cosas de los sexshops.

–Fue precisamente en uno de ellos donde me enteré del asunto. Había una

sección de vídeos dedicada a eso y en la cubierta salían tías follando con animales.

–Sí, yo también lo vi en un sex shop. Una tía con un animal que no llegabas a saber si era un gran danés, un burro o un caballo.

–Para el caso, mejor un elefante.

–Y que lo digas. ¿No has visto cómo la tienen? Yo se la vi a uno en Ceilán: muy larga, proporcionalmente delgada y negra. Y eso que aún estaba creciendo, que iba pegadito a su mamá.

–Vamos, lo que se dice un juguete. Lo curioso es que la tengan negra. Pero fijate que en los sex shop venden consoladores que son casi de ese tamaño. ¿Tú crees que le pueden entrar a alguien por algún sitio?

–Cuando los venden por algo será. Yo me las apaño con un pepino del tamaño adecuado. Me encanta elegir uno que sea bonito, lubricar bien a mi chico y metérselo poco a poco, con cuidado. Es un encanto: se deja hacer de todo.

–¿Sabes? Yo creo que tú eres más viciosa y yo más salvaje.

–¿Qué quieres decir con lo de salvaje?

–Es difícil de explicar. Son como arrebatos que me entran de repente. Un día tenemos que organizar una buena y a lo mejor me entra uno. Al verte a ti haciendo lo tuyo, por ejemplo.

LA PALOMA. Mira que llega a ser raro. Yoli es una chica muy suya y de carácter; en eso ha salido a mí. Pero Valentín es que no tiene nada que ver ni con su padre ni conmigo, y eso que, a diferencia de su hermana, lo amamanté y todo. Conste que no me quejo. Es un chico singular, siempre tan alegre, tan animado. Y cuando va con sotana parece que lleve un frac. En el Vaticano podrá lucirla con más frecuencia. Y en eso de la religión, mientras su padre y yo siempre nos hemos limitado a cumplir con las apariencias y Yoli siempre ha pasado, él es que ya tenía vocación de niño. Y si nosotros guardábamos las apariencias era por eso, para que no se sintiera coartado. En cuanto a su obsesión respecto a las palomas, yo creo que también le viene de niño, de cuando su padre, durante las vacaciones de verano, se comunicaba con un vecino mediante palomas mensajeras y al chico le asombraba que hicieran su trabajo como quien no hace nada. Se ve que empezó a darle vueltas al asunto y acabó soñando que se le aparecía el Espíritu Santo en forma de paloma. Según

Yoli, que es ingeniosa y divertida como ella sola y con la que, entre nosotras, nos permitimos bromas que no se nos ocurriría hacer ante el resto de la familia, lo que le pasa a Valentín es que hace una mezcla del concepto de dinastía que le ha transmitido su padre y lo de la Santísima Trinidad. El abuelo sería Jehová; papi, Cristo Rey, y él, el Espíritu Santo. ¿Y nosotras qué?, le dije yo. ¿Qué queda para nosotras? Y ella: ¿nosotras? Pues como no sea lo de la Virgen María y María Magdalena...

34

MASTERCHEF.

–La nueva cocina, para mí, no es ya lo que tradicionalmente se ha entendido por gastronomía, sino una más de las bellas artes que se ha llegado a configurar como tal tras una evolución de milenios. Algo que, en el fondo, más que con el estómago tiene que ver con el espíritu.

–¿Con el espíritu?

–Sí, con el espíritu. O, si prefieres, con el conocimiento. Durante siglos se ha vinculado la cocina con la glotonería, con esas ansias de devorar que provoca un tostón en su punto o un buen entrecot a la plancha. Y no se trata de eso.

–Pues a mí, sólo de pensarlo, se me hace la boca agua.

–Ya, si antes a mí me pasaba lo mismo. Pero es que tuve una charla con un chef famoso que supuso para mí una verdadera revelación. Un chef genial que es al mismo tiempo una especie de gurú. Y me hizo ver que la nueva cocina es una forma de conectar nuestro organismo con el cosmos. Una especie de iniciación espiritual, de ejercicio de integración en la realidad circundante.

–Pues lo que es yo, te aseguro que ante una buena parrillada me siento en los cielos –dijo arrellanándose en el asiento, ampliando la sonrisa, que en una comisura dejó al descubierto un colmillo.

35

TRANSEÚNTES. La culpa es mía por contestar cuando quien llama es ella. ¡Me paro un momento y justo entonces aparecen algo más allá unos clientes

con maletas a los que recoge otro taxi! O sea que a lo mejor he perdido un trayecto al aeropuerto por pararme a escuchar que no me olvide de comprar media docena de huevos. ¡No te digo! Y ahora la moto esa adelantándose en diagonal como si la calle fuera suya. El muy capullo...

Sí, ya puedes tocar el claxon. ¡Mira cómo tiemblo! ¡Por poco me atropella y encima le da al claxon! No, si van a por nosotros. Pues ahora te vas a enterar de lo que es una moto.

¡Menudo cabrón! A escape libre en plena ciudad, intoxicándonos y dejándonos medio sordos a todos. Y nosotros a la espera de que estos putos semáforos mal sincronizados nos permitan cruzar la calle. Y es que en esta puta ciudad el peatón no cuenta para nada.

¡Tío, un poco de cuidado! ¡Mírale, conduce como un loco mientras va hablando solo! Hablando o gritando, que se le oye desde fuera.

Será mejor que tome un taxi y me olvide del metro. Si la calle está mal, el metro estará peor. Los apretujones, las toses, los estornudos, los contagios... Nada, ¡taxi!, ¡taxi!

Eso de mirar escaparates es cosa de antes. Ahora todo es sortear grupos y más grupos que avanzan en fila como si la acera fuera suya. O mendigos lisiados, o vagabundos hurgando en las papeleras.

Tuvo la suerte de encontrar entre papeles doblados y envases diversos una cartera. Y la poca fortuna de que la cartera estuviese totalmente vacía.

—El hecho de que al pasear por la calle encontremos tantas caras parecidas las unas a las otras se debe a que, al estar más llenitas que las de antes, los rasgos tienden a difuminarse, produciendo así dicho efecto de similitud. Se nota hasta en las películas —dijo con aire absorto.

—Ya. Este sobrepeso generalizado es lo que en el mundo de los negocios se entiende por un activo. La gente, según va engordando, se hace mejor cliente. A más peso, más consumo. En todos los órdenes.

¡PUES OS VAIS A ENTERAR!

—Le dije: tú, Olga o Lola o Laya o comoquiera que te llames, tenme al corriente, minuto a minuto, de la evolución de las Bolsas. De todas. Y que te ayude la otra.

–¿Laya? Es curioso, la mía también se llama Laya, que supongo que vendrá de Olaya.

–No lo sé ni me importa. Todas, todas se llaman así. Bueno, a lo que iba: tuve que vender perdiendo. Yo había comprado a la baja, convencido de que iba a remontar enseguida, y entonces vender. Pero qué va: entre la bajada del petróleo y la del dólar y la actitud de China, siguió bajando sin visos de remontar a corto plazo. Y no quería seguir perdiendo.

–Ya, has hecho bien. Yo hubiera hecho lo mismo.

–Sí, pero ya me ves acercándome a mi agencia bancaria para comentarles, como quien no hace nada, que había salvado los muebles. Vamos, que me había librado de una buena, todo un éxito. No quería que las sonrisas se convirtieran en cejas contraídas y labios estirados.

–Hombre, es que deberían saber de sobra que lo que pierdes por un lado tal vez lo ganes por otro en un par de días.

–Es que yo creo que desconfían de los inversores. Claro, son muchos los que se han arruinado. Y hay gente que se alegra, ¿sabes? Piensan que nos lo tenemos merecido por ganar tanto dinero especulando. Para ellos esto no es un trabajo sino una especie de juego. Y se frotan las manos cuando alguno se arruina.

–Parece mentira pero es así.

–Es que nos tienen rencor. Como si comiéramos flores. Y no saben lo que les aguarda si a nosotros nos va mal. En la puta calle, así acabarán. En un mundo en el que el trabajo humano se reduce de día en día según todo se digitaliza, ya me dirás qué futuro tiene el empleo.

–Si a lo que no se va a poder hacer frente es al desempleo. ¿De dónde va a salir el dinero para los subsidios?

–Exacto. Ellos piensan que los batacazos nos los tenemos merecidos por jugar con el riesgo. Y no son conscientes del riesgo que corren sus empleos.

–Exacto. ¿Y sabes qué te digo? Que se merecen el escarmiento.

NEUTRINO.

–Entonces, su interés por el mundo de los móviles le viene ya de la infancia.

–Pues sí. Me lo contagió mi madre, que siempre estaba chateando con sus

amigas. Mi padre, en cambio, pasaba del todo. Decía que no tenía interés en que le estuvieran informando constantemente de cosas sin interés.

–¿Tiene estudios superiores?

–Ni superiores ni medios. A los once o doce años ya arreglaba los móviles de las amigas de mi madre o les enseñaba a manejarlos con soltura o les descubría nuevas aplicaciones... Un día, una de ellas dijo que nada, que me iba a pagar por el trabajo, y empecé a ganar dineritos. Y ya dejé los estudios.

–Pero ¿cómo ha llegado a tener una tienda de móviles como ésta, a venderlos además de arreglarlos?

–Paso a paso. Al principio me dedicaba a las reparaciones en una especie de minitienda-taller. Como cada vez tenía más clientes que venían más para que les ayudase a manejarlos que para arreglarlos, empecé a venderlos.

–¿Y tan bien le fue como para llegar a tener un negocio como éste?

–Bueno, mi mujer me ayudó al principio. Trabajaba en una peluquería de barrio y con las propinas pudimos montar una tienda-taller algo más amplia. Y con los beneficios, sumados a los de la peluquería que acabó montándose, pudimos ya meternos en lo de este comercio, que ha sido un éxito. Nos conocimos en una rave que se celebraba en no sé qué país, creo que Bélgica.

–¿Ella tiene estudios?

–Lo elemental.

–¿Y no les gustaría, ahora que pueden, ampliar estudios, seguir algún curso de algo, sacarse un título?

–¿Para qué? ¿Qué falta nos hace?

–Pues para saber, qué sé yo, cómo es el mundo, cómo somos nosotros...

–Todo eso lo tienes en internet. En lo que no puedo bajar la guardia es en lo mío, en estar siempre al día.

–O viajar, conocer otros países, desarrollar algún tipo de afición –le pregunté aún.

Se repantigó en el sofá, las manos cruzadas tras la nuca, ampliando aquella sonrisa que incluía las cejas enarcadas, los ojos radiantes, para acabar concentrándose en la boca, estirada horizontalmente como la de una cabra.

–¿Y para qué? ¡Soy feliz! –dijo.

TIEMPO LOCO.

–Este invierno hay días que parecen de verano. Y el verano fue de lo más raro. ¡Venga a llover!

–Ya se sabe, cada año es como es. Uno de grandes nevadas, otro de vendavales, otro de sequía... Y la gente siempre se extraña.

–Dicen que es por el calentamiento global.

–¿Eso qué es lo que es?

–Lo que llaman cambio climático. Que vamos a una desertización y todo eso.

–Que ya lo sé, hombre... Y no me creo nada de nada. Todo paparruchas. Cosas de gente que lo que quiere es cambiarnos la vida, salvarnos, cuando quienes necesitan ser salvados son ellos.

–La verdad es que tampoco yo veo la relación entre los tornados y los tubos de escape, por ejemplo.

–¡Pues claro, hombre! Si es como lo del orgullo gay o lo de que las mujeres son iguales a nosotros. ¿Cómo van a ser iguales? Otra cosa es que tengan los mismos derechos.

–Hombre, yo no veo que sea lo mismo.

–Ya sé que no es lo mismo. A lo que me refiero es a lo que está detrás, a que quieren cambiarnos la vida. El otro día, precisamente, hablaba con un amigo de los cuentos que nos cuentan sobre la alimentación. Que si los precocinados y los lácteos y la carne roja... ¡Si los masái no comen más que carne y mira cómo están de guapos! ¿Cómo va a ser malsano un buen chuletón a la parrilla, uno de esos de kilo?

–Pues dicen que está probado científicamente.

–Ya, y la leche y la bollería industrial... ¿Cómo va a ser malsana la leche si es lo único que podemos tomar de niños? Para ellos, sólo lo vegetal es bueno. Ni que fuéramos cabras.

–Ya. De algo han de vivir, supongo.

–Pues claro. De inventarse cosas. O será que tenemos genes de masái.

SHEREZADE.

–¿Y a tu hermano ya se le pasó eso de ir en plan yihadista?

–¡Oh, sí! Son cosas que se le pasan enseguida. Como a los críos. Y es que sigue siendo un crío. De niño siempre estaba jugando a piratas, a cámaras de tortura y cosas así. Y algo de eso le queda.

–Se le ve siempre muy excitado, como interpretando papeles de película.

–Exactamente: demasiado excitado. Cuando era niño estuvo a punto de ahorcar a un compañero de juegos; sin querer, claro.

–La primera vez que fui a tu casa recuerdo que me abrió la puerta disfrazado de árabe.

–Esto le viene de que *Las mil y una noches* fue una de sus primeras lecturas. A mí también me encantaba y se conoce que le contagié el entusiasmo. Entonces yo sentía verdadera fascinación por Sherezade. Y fíjate que de vez en cuando aún se me ocurren ideas seguramente inspiradas en su figura.

–¿Como qué?

–Como ir a una fiesta cubierta de velos que según me vaya moviendo dejen ver que debajo estoy en bolas.

–¿Velos transparentes?

–No, abiertos de arriba abajo.

–¡Qué guay!

–No sé, igual ahora queda antiguo. Los adolescentes de hoy más bien se ponen piercings por todo el cuerpo.

–Yo vi una que se había teñido de verde el vello púbico.

FELICITACIÓN ANÓNIMA. Lo releyó una y otra vez:

«Invertir inversamente a la tendencia inversora del día puede convertir lo invertido en la inversión clave del éxito de un controvertido inversor que acabe por liderar la inversión de la tendencia inversa de los inversionistas.»

¡Qué mala leche! Esto era cosa de alguien que sabía lo de la Bolsa. Lo del batacazo que se había pegado. Y se alegraba. Y se ensañaba. Seguro que ya lo había colgado en la red. ¿Quién? Por fuerza alguien muy próximo. De la oficina, sin ir más lejos. Alguna de las secres. Olivia, por ejemplo. O tal vez Mateo, el chófer, siempre tan hermético, leyendo el periódico sin salir del coche mientras sus compañeros echaban un cigarrillo. ¿Por qué era tan

callado? Había que desconfiar de la gente que se guarda para sí las cosas, que nunca comenta nada. Como Olivia, otra persona de lo más retraída, que no se iba por ahí de copas como las demás.

Bien, pues fuera quien fuese lo iba a localizar con la ayuda de ese pitagorín del que le habían hablado, capaz de rastrear en la red como el mejor de los hackers, un gremio al que tal vez ya pertenecía el pitagorín. Por Dios Todopoderoso que sí, que iba a identificar al bromista o a la bromista y que, fuera quien fuese, se le iban a quitar las ganas de volver a hacerlo.

41

EL MÓVIL CUSTODIO. Empezó a darle vueltas a la idea no bien pudo comprarse el nuevo ordenador. Un joven encuentra casualmente un móvil de última generación abandonado en el asiento de un taxi y lo hace suyo sin que el conductor se dé cuenta: éste podría ser el punto de partida de un relato que, una vez escrito, colgaría de inmediato en la red. Y si tenía éxito, mucho éxito, aquello bien pudiera acabar convirtiéndose en el punto de partida no ya del relato sino de su carrera como escritor, una vocación cuyo origen se perdía en la infancia. La idea era que ese móvil que el protagonista se había apropiado acabara convirtiéndose en su peor pesadilla en la medida en que, sin saber cómo, iban apareciendo nuevas aplicaciones, algunas de ellas de lo más singular, de las que le resultaba imposible librarse. Así por ejemplo, el control de sus constantes vitales, pulso, presión arterial, glucosa, colesterol, etc., con la particularidad de que, en lugar de brindárselas por escrito, lo hacía de viva voz, una voz más bien monótona y rutinaria que no había forma de silenciar. Pero ya el colmo fue que, tras darle a un emoticón en forma de paloma que luego le fue imposible borrar, las irrupciones se ampliaron al ámbito moral. De ahí que la primera vez fuese ya la última: se hallaba en el parque contemplando a unas chicas que, adoptando entre risas posturas voluptuosas, se fotografiaban las unas a las otras ante una escultura que representaba a un musculoso ángel cayendo como fulminado de los cielos, abatidas las alas, una gruesa serpiente aferrada a sus muslos, cuando la voz del móvil sonó conminativa. Estás abrigando pensamientos impuros, dijo. A partir de ese momento, la cuestión, la única cuestión, fue cómo desembarazarse de ese móvil. ¿Estamparlo contra el suelo, tirarlo a un

estanque, por una alcantarilla? Hasta que cayó en la cuenta de que lo más seguro era acabar con aquella historia tal y como había empezado, esto es, abandonándolo por ejemplo en un banco del parque. Y su tranquilidad fue total cuando, disimuladamente situado a una distancia prudencial, pudo ver cómo una pareja que fue a sentarse a ese banco, tras mirar en derredor, no dudó en hacerlo suyo. Asunto concluido.

La idea le parecía francamente original y atractiva siempre que fuera capaz de desarrollarla con un mínimo de talento. El error fue contárselo a su hermana conociéndola como la conocía, sin tener en cuenta su manera de ser. ¡Valiente tontería!, dijo Lola. Lo que tendría gracia sería que el protagonista se divirtiera escandalizando al móvil cada vez más. Bueno, al menos eso es lo que yo habría hecho.

42

SERPIENTES.

–¿Y tu mujer qué dice?

–¿Mi mujer?

–¿No estás casado?

–¿Tengo cara de estar casado?

–Bueno, es que como a nuestra edad casi todo el mundo lo está...

–Pues yo ni en broma. No es que no me gusten, ¿eh? Que no tengo nada de invertido. Pero convivir con una, imposible. Acabaríamos mal seguro.

–Hombre, no forzosamente. Es cuestión de elegir a una con la que haya afinidad, con la que te entiendas.

–¿Y cómo estar seguro? ¿Cómo saber lo que están pensando, lo que piensan normalmente? A los tíos los ves venir, tanto si es un tío cabal como si es un chorizo. Pero a las mujeres... Una cosa es lo que te puedan decir y otra lo que estén pensando.

–No sé, qué quieres que te diga...

–Pues si confías en ellas, allá tú.

–Hombre, algún problema puedo haber tenido, pero no más que con los tíos. ¿Has sufrido alguna mala experiencia, algo que te haya escarmentado?

–No se trata de eso –dijo mientras se pasaba la servilleta manchada de chocolate por los labios, como concentrándose, la mirada reducida a poco más

que una rendija bajo los párpados caídos—. Lo que quiero decir es que cuando lo del Paraíso Terrenal tan mujer como Eva era la serpiente. Cándida la una, malintencionada la otra. Pero las dos serpeantes.

—¿Tan malas las ves?

—Malas no, ya te lo he dicho. Incomprensibles. Claro que si no las entiendes a lo mejor es porque son ellas las que no te entienden a ti. Serpean.

—Vamos, que no te fías.

—No, tampoco es eso. Lo que no me gusta es el serpeo. No tener claro lo que puedes esperar de ellas. Como lo que pasa con las mangueras.

—¿Las mangueras?

—Sí, las mangueras. Tiras de ellas para ir regando y se te pueden enganchar con cualquier cosa.

43

INDIGNADO. La idea inicial le vino al contemplarse en el espejo recién despierto: los pelos blancos y revueltos, la barba rizada y tal vez demasiado crecida, la nariz un tanto descolgada, irritados los ojos bajo las cejas blancas e hirsutas, rasgos que, considerados en conjunto, le daban un aire a lo Jehová. Sí: agarraría al nieto, un chico atento y muy dispuesto que se manejaba en la red como pez en el agua, y le pediría que grabara y colgara la entrevista, una entrevista para la que había que buscar al periodista más adecuado. Lo más probable era que el éxito fuese inmediato y que, a partir de ahí, se le abrieran todo tipo de posibilidades, desde salir en la tele hasta encabezar un movimiento político reivindicativo.

—¿Cuál es el objetivo principal de su programa?

—Acabar con el Estado tal y como lo entendemos hoy día.

—¿Quiere usted decir suprimirlo por las buenas?

—En absoluto. Mi idea es convertir el Estado en una gran empresa que fabrique de todo y que dé trabajo a todo el mundo. Y, por supuesto, sin ser gravada con impuestos como las otras, a las que obviamente habría que subírselos de forma razonable. Aparte de dar trabajo al que lo necesite el plan es que esa empresa de ámbito estatal dedique la totalidad de sus beneficios a cubrir las jubilaciones, el paro y la sanidad y seguridad social.

—¿Y cree usted que los beneficios de esa empresa que propone permitirán

alcanzar una meta de tal envergadura?

–Sí, siempre que su actividad se complemente con otras medidas como la ya mencionada de incrementar impuestos a las restantes empresas y suprimirlos por completo a todo trabajador por cuenta ajena.

–¿Piensa usted que se cuenta entonces con recursos suficientes para que su plan sea viable?

–No, por supuesto. De ahí que sea necesario contemplar una serie de medidas de ahorro complementarias. La principal de ellas, suprimir los ejércitos de todos los países del mundo y aplicar el ahorro resultante al bienestar social.

–¿Suprimir los ejércitos?

–En efecto. Tendría que ser, claro está, tras alcanzar un acuerdo internacional. Si no hubiera ejércitos no habría guerras. No me parece tan difícil de entender. Y los gastos de Defensa, que suelen ser disparatados, derivándolos a esa nueva aplicación, resultarían suficientes a mi entender para alcanzar el bienestar social universal que todos anhelamos.

–Pero ¿y la seguridad? ¿Suprimiría usted también, por ejemplo, los diversos cuerpos policiales?

–Pues sí, señor, se me olvidaba precisarlo. Una buena policía municipal es más que suficiente para garantizar la seguridad del ciudadano, tanto en el terreno de la pequeña delincuencia como a la hora de hacer frente a desastres naturales y demás posibles incidencias.

–¿Alguna propuesta más?

–Las fundamentales son éstas, pero estoy a su disposición para cualquier pregunta o puntualización que usted desee plantearme.

CAPRINO.

–Pero ¿eso de hacer cosas de hacker no es un delito?

–Bueno, depende. Depende de lo que hagas.

–Ya. Pero es que la oferta que te han hecho no me parece muy legal. Y si te pagan tan bien por algo será.

–Claro que no es legal. Lo que haces es cargarte el sistema de la empresa en cuestión. Se lo vacías, como quien dice. Y dado que eso puede suponerles

grandes pérdidas, claro está que irán a por ti. La cosa es hacerlo de forma que no te puedan pillar ni a ti ni a la empresa que te lo ha encargado. Pero mira, con lo que cobro mi mujer va a poder montar otra peluquería. De peluquera de una va a pasar a ser dueña de dos. Su idea es especializarse en tintes y depilación corporal.

–No, si todo eso lo entiendo perfectamente. Lo único es el riesgo. Mucho provecho ha de sacar quien te lo haya encargado.

–No tengo ni idea. Pero supongo que mucho más de lo que me pagan.

–De eso puedes estar seguro. ¿Y cómo te contrataron?

–A través de un cliente de la tienda que no ha querido decirme por cuenta de quién me hacía la propuesta.

–¿Y piensas seguir aceptando encargos de este tipo?

–Hombre, en principio no. Pero todo depende de lo que acabes cobrando.

Y enarcando las cejas dibujó una sonrisa recta, de labios apretados, produciendo al mismo tiempo un sonido similar al de una lata de cerveza cuando es abierta.

45

JÚBILO. Cuando llegó la noticia de que Valentín había sido finalmente designado para un nuevo puesto en el Vaticano decidimos celebrarlo con una comida familiar que de nuevo nos reuniera a los cuatro en torno a una mesa. Yo había pensado inicialmente en un restaurante, pero mi mujer no dio opción a que se celebrase en torno a otra mesa que la de casa, como cuando eran unos críos. Es una mujer de carácter, y lo último que se me ocurriría es llevarle la contraria. Y es que somos una familia de triunfadores, cada uno en su ámbito. Y si lo tienes claro, te sientes siempre por encima de las pequeñas contrariedades que te depara la vida cotidiana, fruto, en muchos casos, de la envidia que suele suscitar esa seguridad en ti mismo. El no haber sido nombrado presidente de la Asociación de Empresarios, sin ir más lejos. Algo que si no salió fue porque el director de la Business School me puso la proa, fingiendo apoyarme sin reservas mientras conspiraba en favor de la otra candidatura. Es una persona que si te dice «por supuesto, por supuesto», puedes estar seguro de que piensa exactamente lo contrario. Vamos, que hubiera podido dar lecciones a Maquiavelo. Pero me estoy yendo por las

ramas, ya que estaba hablando de las decisiones inapelables de mi mujer, de la perfección con que lo organizó todo para celebrar el nuevo rumbo en la vida de Valentín, al que ya me parece estar viendo en la plaza de San Pedro luciendo su sotana resplandeciente, su figura delgada y elegante, con ese paso ágil y alegre que despliega como a impulso de sus afilados zapatos negros, no tan distinto en el fondo al andar del niño que se agarraba a mi falda mientras hacía sus juiciosas preguntas, no tan distintas en el fondo a las disparatadas salidas de su hermana, lo que explica que aun siendo tan diferentes se hayan llevado y se sigan llevando siempre bien, igual que cuando Yoli me preguntaba: ¿y tú aún sigues imaginando el cielo como un lugar deslumbrante y vaporoso en el que todo el mundo se siente feliz? Más o menos, le dije. Son cosas que hay que entender como metáforas, cosas que de niño me hacían feliz. Como ahora el traslado de por vida al Vaticano, contribuyendo desde allí, en la medida de mis posibilidades, a la difusión de la palabra divina. Claro que tú no has creído ni de niña.

–Pues no.

–Lo sé, Yoli, lo he sabido siempre. Pero eres una buena chica y eso te salvará.

–Menos mal.

46

MASTERCHEF.

–A mí, lo que más me gusta de los hoteles es el desayuno: jamón, embutidos, huevos, quesos, bollería... Empiezo y no acabo, y me levanto una vez y otra y otra...

–¿Has hecho algún crucero?

–No.

–Pues en los cruceros es así desayuno, comida y cena.

–Jo. A la que pueda me apunto a uno.

–Es que es algo estupendo. Luego agarras una tumbona y cuando llegas a una ciudad no tienes que preocuparte del equipaje ni de nada. Haces tus compras tranquilamente y te vuelves al barco como quien vuelve a su casa. Recuerdo que en Milán iba tan cargado que tuve que volver en taxi.

–Milán no tiene mar.

–¿Ni puerto?

–No, claro. Está en el interior.

–Vaya. ¿Puede ser Génova? Porque lo seguro es que fue en Italia.

–Génova sí.

–Pues sería Génova. Civitavecchia desde luego no era, y Nápoles tampoco, porque no había volcán. Sí, seguro que era Génova. Y, ya de noche, incluso nos llegamos a un club de alterne.

–¡Joder! A la que pueda me apunto a uno. Lo que pasa es que un crucero me lo tengo que pagar yo y los hoteles me los paga la empresa. Hay gente que dice que los fiambres, la bollería y demás es un veneno. Pero lo que es yo, ni caso.

–¡Pues claro, hombre! Son pijadas. Como lo del medio ambiente, la ecología y todo eso.

47

EMBOTELLADOS.

–Está peor que nunca.

–Es que basta que haya un pequeño accidente en uno de los accesos para que el problema se vaya extendiendo a todas las autovías.

–Pues yo que tú, Matías, evitaría meterme en el túnel.

–No, si mi idea es tomar la primera salida.

La circulación procedente del centro se cruzaba con la que, procedente de la periferia, se adentraba desde diversos accesos en el casco urbano para diluirse poco a poco, como sosegándose, en el entramado callejero. Aunque nunca ha de faltar el que, a escape libre, te adelanta a su aire a velocidad de autopista, menudo cabrón. ¿Y esta maricona que se ha creído que la calle es suya? Mírala, no te lo pierdas, aparcando donde le da la gana. ¡Menuda pija! O el taxista que conduce con brusquedad, como absorto, dando vueltas y más vueltas a la incertidumbre propia de su oficio, donde lo mismo pillas tres recorridos largos consecutivos como un solo trayecto de mierda, que era lo que a él, a diferencia de la mayor parte de sus compañeros, solía ocurrirle; sí, tenía la negra.

En el metro, al estar a tope, casi todo el mundo se mantenía en silencio, tanto para que los de alrededor no se enterasen de lo que se decía como porque cada uno tendía a concentrarse en lo suyo. Como quien trata de

convertir, por ejemplo, con un mínimo de coherencia, el despido del centro comercial en el que trabajaba en la búsqueda de un empleo mejor, o bien en un acto de rebeldía contra la explotación de la que era objeto. O la que no se puede quitar de la cabeza el despertar de aquella mañana, el tío entrando en ella sin previo aviso, como quien mete el pie en un calcetín, para luego zamparse tranquilamente el desayuno como si nada hubiera pasado. O el joven cada vez más seducido por la idea de cambiar de look radicalmente, el cabello corto y formando picos, mechoncillos en punta, atusados con fijapelo, cejas también en punta y poco más que una muesca la barba. O quien se concentra en preocupaciones más íntimamente secretas, como el estreñimiento, que ya son cuatro días. En fin, cada uno sabe lo suyo.

La apertura de los comercios, persianas alzándose ante puertas y escaparates sin que se hagan esperar los primeros clientes. Magda, ya en la pastelería, comprando sus dos marron glacé de cada mañana. Seré una pija, pero si hay algo que no me quita nadie es lo de los dos marrones cada mañana y las copas que haga falta de la mejor ginebra el fin de semana.

Levantarse lógicamente tarde, ya que el último de los clientes de aquella noche le había pagado para eso, para hacerlo todo sin prisas, y alargaron hasta poco antes del amanecer. Ducharse, lavarse bien de cuerpo entero, desayunar con verdadero apetito y, tras la obligada visita al retrete, salir apresuradamente a hacer la compra, mortificada por la idea de que lo mejor del mercado estaba ya vendido, una precipitación que sin duda contribuía a sumirla en aquella realidad tangible –frutos frescos y rozagantes, pimientos, lustrosas berenjenas, ácidos kiwis, succulentas papayas, tersos plátanos–, inevitablemente contrapuesta a la vivida la pasada noche hasta el punto de hacer de las recurrentes imágenes de lo que entonces había hecho una experiencia de contornos difusos, asimilable a la de un sueño.

PROBLEMA RESUELTO. Se lo noté nada más entrar en casa, tenía cara de ir a decirme eso.

–Lo siento, chica, pero tendrás que volver a hacer la calle al menos por un tiempo.

–No te preocupes. He notado enseguida que habías tenido otro mal día de

taxi.

–Si te cuento no te lo crees. Es como si estuviera gafado.

–Te he dicho que no te preocupes. Lo hice ya sin problema durante un tiempo y no me importa volver a hacerlo. Peor es trabajar de camarera de hotel y tener que hacer camas y limpiar cuartos de baño.

–Pero es que a mí, como puedes comprender, no me hace ninguna gracia que tengas que hacer eso.

–Ya lo sé. Por eso te digo que no te preocupes, que para mí es peor lo de los cuartos de baño. Ahora lo que importa es que nos entren unos dineritos de más.

Mientras él se dejaba caer en un sillón ante la tele, yo aproveché para decir que iba a por unas cervecitas. Y es que tenía que medir bien mis palabras. Porque, la verdad, para mí es un trabajo que no sólo no me disgusta –salvo en algún que otro caso–, sino que hasta lo encuentro entretenido. Yo, como si fuese una actriz; supongo que también a ellas el trabajo les gustará más o menos en función del papel que les toque. Como a mí. Y hay veces que hasta lo paso bien. Algo que él ni tiene que sospechar, porque entonces sí que se arma.

Se sentó a su lado con las cervezas. Ella para tomar apenas un sorbo, pues, tras mirar el reloj, se levantó enseguida por lo de la cena. Él continuó apoltronado, mirando sin ver la tele. Tenía que cuidar de no pasarse con las cervezas, se dijo. Por poco que se pasara le iban a entrar ganas de atizarla. ¡Y todo por la maldita hipoteca!

ÁCIDO ÚRICO.

–¿Qué tal lo de ayer?

–Súper, súper, superguay.

–¿Érais muchas?

–Todas las del grupo más alguna que se sumó a última hora. Doce o quince en total.

–¿Qué hicisteis?

–Pues de todo: lo previsto y hasta lo no previsto. La verdad es que Silvia es una organizadora nata. Desde la cena hasta... Bueno, te cuento las cosas por orden. Empezando por la cena: mariscos de todo tipo y copas y más copas de

vino blanco. ¡La de bromas que se nos ocurrieron sobre lo que nos sugería cada marisco: cigalas, almejas, mejillones, lapas, percebes...!

–Me lo imagino. Pero es que además de la forma los mariscos tienen fama de afrodisíacos. Si yo sólo puedo tomar de vez en cuando es por lo del ácido úrico.

–No, no te lo imaginas. Salimos colocadas desde todos los puntos de vista. Y de ahí fuimos directamente a uno de esos locales especializados en despedidas de soltera.

–¿Y qué tal?

–Bueno, lo mejor no fue el espectáculo en sí sino el que montamos entre todas nosotras, empezando por Silvia.

–Ya. El espectáculo suele consistir en un tío que hace striptease y todo eso.

–Claro; y lo que tiene gracia son las ocurrencias del público. El tío, además, se prestaba a todo, que por eso lo eligió Silvia, que ya lo sabía. Se ve que conocía el sitio desde antes, de cuando el chico durante el día trabajaba de vendedor en unos grandes almacenes. Y primero, pues eso, se fue desnudando y tal, y cuando se quedó a pelo, dejó que le fuéramos tocando la colita para que se le acabara de poner tiesa.

–¿Y no se corrió?

–No, qué va. Silvia tuvo una idea mejor: subirse al estrado, que él se tendiera y, acucillada encima, soltarle un largo pis sobre la cara, a borbotones.

–¡Qué bueno! ¿Y caca?

–Pues no. Supongo que ya le parecía demasiado.

–No sé... Tengo una amiga que piensa hacérselo a su pareja. Yo misma vengo dándole vueltas al asunto.

–Y yo. Lo que me preocupa es que se me escape un pedo, que nada tiene de erótico. Supongo que es por eso por lo que no lo hizo Silvia.

BUSINESS CLASS. Empezó a hablarme de forma compulsiva ya antes de que despegara el avión, algo que inicialmente interpreté como uno de esos comentarios que se hacen al vecino de asiento a modo de saludo.

–Antes había primera clase prácticamente en todos los vuelos.

–Pues sí. Yo creo que ahora la han limitado a los de largo recorrido.

–Depende. En el área de los Emiratos la mantienen hasta en los más cortos.

–No conozco la zona. Pero la verdad es que para un vuelo como éste...

–Ah, no, por corto que sea... Está claro que la solución es el avión privado. Me da pereza por lo del mantenimiento y demás. Pero tiene la ventaja de que así te ahorras toda esa murga en que se ha convertido el embarque en un vuelo cualquiera. Y son trámites de los que se libra un ministro de Economía, por ejemplo, cuando hoy día el que manda es el inversor. Eso del ministro era antes.

Había pedido un whisky y, mientras se lo servían, procuré concentrarme en la lectura. Pero él ni pareció enterarse de que yo tenía un libro en las manos.

–En el mundo actual, el avión privado se está convirtiendo en algo casi tan necesario como tener chófer. Depende, claro, de lo que uno tenga que moverse. En mi caso estaría más que justificado. Está claro que acabaré comprándome uno.

Le di la razón para ver si así me dejaba en paz, pero el whisky no pareció sino aumentar su locuacidad. La gente piensa que estas cosas, y en general todo lo exclusivo, son caras; cosas que sólo podemos permitirnos unos pocos, decía. Pero por algo, precisamente, se las llama exclusivas: porque excluyen de su disfrute a quien no puede pagarlas. ¿Es ése el objetivo de su elevado precio? Pues en el fondo sí: hoteles en los que con lo que pagas por una noche tal vez viviría una familia todo un mes. Y es que de eso se trata: restaurantes, ropa, complementos, vacaciones en islas paradisíacas, todo a precios prohibitivos. Ahora bien, ¿qué arriesgamos nosotros para poder permitirnoslo y qué arriesgan ellos? ¿Cuántos privilegiados, como a ellos les gusta llamarnos, no se han arruinado de la noche a la mañana? Y si nosotros podemos y ellos no pueden, ¿no será por su culpa? Hay quien ha empezado poco menos que como botones de una agencia bancaria y hoy preside el consejo de administración. Pero nadie parece hacerse estas reflexiones.

Se había bebido atropelladamente el primer whisky, y ahora el segundo, apenas iniciado, parecía estar produciéndole el efecto inverso, gangosa la voz y caídos los párpados, que finalmente acabaron cerrándose, haciendo así posible, a punto como estaba yo de perder los estribos, que me concentrara por fin en la lectura.

ENREDADOS. Era verdad, pensó, eso de que ante el ordenador el tiempo pasa sin que te des cuenta. Miras el reloj y ya es hora de cerrar y salir pitando o llegas tarde a la cita.

Eso sí, estaba como una moto. Había hecho de todo, tuits, chats, y sobre todo había avanzado un huevo en la configuración de su perfil. La mitad de las cosas, inventadas. O simples ocurrencias. Pero era evidente que todo el mundo hacía lo mismo. Y con las imágenes, pues también. Esperaba que las que ella le mandara no correspondieran en realidad a otra persona, una amiga, por ejemplo, y que las dos lo pasaran en grande con sus fantasías. Le mosqueaba un poco que ella no pareciese tener prisa en fijar un encuentro.

En el metro, de pronto, tuvo la sensación de encontrarse aún ante la pantalla, inventando, imaginando. Se había situado en el extremo de un vagón relativamente despejado. Si al llegar a una estación aprovechaba el momento en que las puertas permanecían aún abiertas para apuñalar a dos o tres personas y salir arreando justo antes de que se cerraran, no le pillaba ni Dios, a escape por los corredores y escaleras hasta llegar a la calle. Los vagones atestados, en cambio, se prestaban más a terrorismo suicida, a lo de esos yihadistas que hacían estallar sus cinturas cargadas de explosivos.

Se lo contó enseguida a Tito, que ya le estaba esperando a la salida. Un tema de lo más excitante que, mientras intercambiaban ideas, les hacía caminar a brincos de pura excitación. Uno podía hacer como que agredía al otro, por ejemplo, y salir corriendo, escurriéndose entre las puertas que se cerraban. Y el otro le contaría después cómo había reaccionado la gente, unos atendiéndole en la creencia de que estaba herido, otros intentando evitar que el metro arrancara de nuevo, gritando, tratando de accionar la alarma... Y todo sin peligro alguno ni para el uno ni para el otro.

SON MODAS.

—¿Pero tú cómo te llamas, Olaya, Laya o Eloísa?

—Olivia, me llamo Olivia.

—Ya. Como ahora casi todas os llamáis igual... Yo creo que Olaya es lo

mismo que Laya. Antes pensaba que Olaya venía de Eulalia y que Laya no era más que una especie de abreviatura. Pero cuando hice la mili, me contaron que lo de Laya se refería a una cantinera, una especie de Madelon, aquella que necesitaba un batallón. Lo que no tardó en hacerla famosa. Y, a partir de ahí, el nombre en sí fue ganando popularidad. No sé, la verdad es que a mí me suena un poco raro.

–Ni idea.

–Claro, es que además lo de la mili es cosa de otros tiempos. ¿Y Olivia de qué vendrá?

–Supongo que de alguna santa.

–Eso era antes. Ahora hay muchos nombres tanto de hombre como de mujer que no tienen nada que ver con los santos. Mi nieta, que tendrá tu edad, se llama Magda. Pero los nombres así, tradicionales, son cada vez más raros.

–No crea. Yo tengo una amiga que se llama Magda.

–Pues igual resulta que es mi nieta. Yo, por ejemplo, me llamo Pedro, y actualmente todos los Pedros son gente de mi edad. Lo que en un momento dado es normal, al cabo de un tiempo queda antiguo. Son modas.

–Mi padre se llama Pedro.

–¿Lo ves? Tu padre. Y seguramente será de los últimos. Pasa como con la moda propiamente dicha. Mira, yo tengo una camisería en la que también se venden zapatos, americanas, corbatas; vamos, de todo. Para gente con clase. ¿Y hay clientes jóvenes? Los podrías contar con los dedos de una mano. ¿Y la moda femenina? ¡Pues lo mismo! ¿Qué te voy a contar?

–Pero eso ha pasado siempre.

–Por supuesto. Mira, yo soy de los tiempos del bigote: había que llevar bigote. Luego vino la moda de la cara afeitada, ni bigote ni barba, que ha durado un montón de años. La que pilló a mi hijo, por ejemplo. Y ahora vuelven a estar de moda los pelos, cabellos largos, barbas para todos los gustos, etc. Como en tiempos de mi abuelo.

–Pero en el fondo la gente no cambia tanto. Según mi familia yo me parezco a la abuela.

–Pues debió de ser muy guapita, que por algo has llamado enseguida mi atención.

ABU. Por suerte era el médico de la familia, el de siempre, y una vez convencido de que yo no padecía demencia senil, me puso en antecedentes. El caso es que, al parecer, alguien del chalet contiguo me vio por una ventana probándome ropa de mi mujer –que en paz descansa, era una santa– y se lo contó a mi hijo y mi hijo llamó al médico. Pero el doctor entendió enseguida que si se me ocurrió disfrazarme fue con la idea de intimar mejor con las mujeres del pueblo cuando coincidíamos en la compra del viernes. Y que lo que sucedió es que comprendí enseguida que aquello no iba a colar, que iba a ser reconocido de inmediato, y deseché la idea. El doctor lo comprendió al momento y me dijo: mira, te haré cuatro análisis y escáneres de rutina y todos contentos. Y me dio una palmadita en el brazo.

–Si los viernes me paso la mañana en la compra es porque, en un pueblo, ese hábito constituye el mayor acontecimiento social de la semana. Y sus protagonistas son precisamente las mujeres, mujeres de cierta edad casi todas. Mientras ellos vagan por ahí paseando su corpulencia con aire de corsario jubilado, ellas, activas y hacendosas, van entrecruzando sus caminos de acuerdo con la situación de su vivienda respecto a los diversos comercios: panadería, carnicería, pescadería (donde como para contrarrestar el silencio de los peces todo el mundo hablaba a gritos), frutería, súper, etc. Y en el curso de sus respectivos encuentros van configurando en un todo la información fragmentaria intercambiada relativa a la familia, las preferencias gastronómicas, la salud, las manías de cada una, etc.

–¡Ay, caramba!

–Pues sí, sí.

–¿Y qué tal los críos?

–Bien, bien. Haciendo diabluras, que es lo suyo.

–Hoy me voy a llevar unos cuantos salmonetes.

–Las sardinas a la plancha son lo más barato y lo más sano.

–Ya, por lo del colesterol.

–Hablando del colesterol, ¿cómo está tu marido?

–Así, así. Le cuesta mucho cambiar sus costumbres. Y dejar el tabaco.

–A Matías le pasa lo mismo.

–A todos, a partir de cierta edad.

–Sí, pero a los jóvenes no les des otra cosa que carnes y percados ya limpios, de esos que vienen en bandejas de plástico, o incluso ya precocinados. Y bebidas con burbujas. Ya verás cuando no sean tan jóvenes...

–Y que lo digas.

–Y tanto.

–Y nosotras se lo consentimos porque así preparamos la comida en un santiamén.

–Sí, eso es lo que pasa. Te lo ponen tan fácil.

–Pues sí.

–Y tanto.

Ante la caja se había formado una pequeña cola encabezada por una mujer de cabellos blancos que, la bolsa de la compra sobre el mostrador, buscaba y rebuscaba en el bolso.

–Perdón, eh, perdón. Es que yo tenía por aquí una moneda de diez céntimos...

–Nada, mujer, no se preocupe. Que diez céntimos son diez céntimos –dije.

A esas horas, la compañía de los hombres era mucho más aburrida. Los de más edad, sentados a la entrada del pueblo, aprovechando la disminución de velocidad de los coches según doblaban la esquina, escudriñaban con ojos severos a quienes se hallaban en su interior. Pero la gran mayoría se entregaba a un vagar por aceras y plazas, pesado el paso en razón del sobrepeso. Su conversación consistía principalmente en un intercambio de frases hechas que, a medida que avanzaba la mañana, se centraba poco a poco en temas culinarios, evocaciones de carácter gastronómico, la palabra «carne», por ejemplo, pronunciada como si ya la estuvieran atacando de un mordisco, o bien «tomate» como si ya lo tuvieran en la boca rezumándoles por las comisuras.

EL JARDÍN DE LAS OCAS. Si para mí la lectura es algo compulsivo será porque, como trabajo en Hacienda, después de tanto número lo que me apetece es la letra. Vamos, digo yo. Lo mío es la novela, la novela de verdad. No las de género negro ni esas ahora tan de moda de carácter erótico-sadomaso escritas casi siempre por mujeres, si es que pueden considerarse eróticos esa serie de suplicios a los que suelen someterse. No, yo me refiero a la novela de verdad, a la de toda la vida. A mi marido le sucede algo parecido con el cine, es cinéfilo, y lo suyo son las películas de antes; yo creo que las tiene todas y

no se cansa de verlas. Con los chicos la cosa cambia, claro: lo de él es el ordenador, y lo de ella, el móvil. Vamos, lo normal hoy día.

Esa adicción mía a la novela está en el origen de un secreto, un secreto que sólo dejará de serlo cuando mi proyecto sea ya un hecho. Es decir, cuando mi novela esté acabada y publicada. Y es que por ahora –aunque diseñada en su conjunto– está sólo escrita a medias. Una novela que, como no podría ser de otro modo, pertenece al género de las que me gusta leer. El argumento recoge los conflictos ocultos de tres generaciones de mujeres: la protagonista, que al visitar la casa de campo en la que vivía su madre evoca la última conversación que tuvieron poco antes de su muerte, el secreto que tal vez no quería llevarse a la tumba: su verdadero amor no fue el padre de la protagonista sino un joven que murió prematuramente en trágicas circunstancias, por lo que su posterior matrimonio tuvo algo de rutina fatalista. De ahí que ese recuerdo, unido al dolor ocasionado por la muerte de su hijo primogénito cuando era un crío de lo más gracioso, como intuido por la mayor de las hijas, provocara en ella un complejo de abandono y un sentimiento de odio hacia la madre, no comprendido ni compartido por la menor, es decir, la protagonista. Relaciones familiares que se repiten en la generación siguiente, ya que la protagonista, al descubrir que su novio tenía una aventura amorosa con su mejor amiga, rompió la relación y se casó con otro pretendiente poco menos que por despecho. Y así, una vez más, como intuyéndolo, sus hijos mantendrán respecto a ella una relación distante desde la adolescencia, de la que sólo el chico se irá recuperando con el tiempo. Al final, ella decide dejarlos una temporada con el padre y retirarse a lo que fue la casa de la abuela, a cuidar de las ocas que ella tanto apreciaba y escribir allí una novela cuyo título iba a ser *El jardín de las ocas*. Es decir, hacer lo que yo pretendo hacer, ya que ese título será precisamente el de mi novela.

Obviamente, el argumento viene a ser un reflejo de mi situación personal, por suerte mucho menos dramática. Mi marido es un buen hombre, y a los chicos hemos podido darles estudios. Otra cosa es que ella, que ya ha terminado la carrera, al no encontrar otro empleo trabaje en unos grandes almacenes. Lo único conflictivo son sus salidas de fin de semana con los de su grupo, ya que todos terminan colocados y hasta la ropa les apesta a ginebra. Él, en cambio, la agarró una vez y no ha repetido. Acaba el próximo año y quiere dedicarse a algo relacionado con la informática. Se pasa el día metido en la red sin dejar por ello de tener algo infantil en sus fantasías, propias de un

niño cuyas lecturas predilectas –propiciadas por mí– fueron las aventuras de Sandokán y las de Kara Ben Nemsí o como se llame el héroe de Karl May. Aún ahora, con sus ocurrencias y su barbita afilada tipo yihadista, siempre da la sensación de estar jugando.

En fin, lo que no puedo evitar es contemplarles a los tres con mirada irónica. Y eso sí, al margen de mi secreto, procuro ser una impecable ama de casa.

55

PISPA. Cuando su colega abandonó el bar le había acompañado hasta la calle y allí, junto a la puerta, permaneció un rato más empuñando su cervecita, los ojos despiertos y movedizos, atento a cuanto ocurría a su alrededor. Y es que la calle está llena de oportunidades. Pero, eso sí, hay que estar al tanto. Lo que una persona de cultura entiende por ojo avizor.

Y es que lo mío es la calle y el transporte público, metro y autobús. Como también los coches aparcados, claro. En especial esos grandes y oscuros que llevan chófer, porque a la que el chófer se descuide, dentro, en los asientos de atrás, puedes encontrar de todo. Hasta droga, que yo ni toco porque es algo con lo que siempre me he negado a traficar. Por nada del mundo pondría en peligro la salud de nadie.

Ahora bien, lo que más me va, en términos anatómicos, es tórax, cintura y posaderas. Es decir, billeteros, bolsos y carteras de mano. Donde hay apretujones, nada más fácil que la cartera, tanto si se trata de una americana como del bolsillo del pantalón. Una vez limpias, lo más aconsejable es tirarlas totalmente vacías a una papelera. Siempre habrá algún vagabundo que le saque provecho.

Soy un negado, en cambio, para los bolsos mochila. Y es que hay que ser una de esas chicas del Este que van por parejas para hacerse con el monedero o el móvil sin que nadie se dé cuenta. O de éstas que también van por parejas y mientras una, sin encomendarse a Dios ni al diablo, mete la flor en el ojal de un turista, la otra le limpia la cartera. Yo, incapaz. ¡Y luego nos llaman xenófobos!

La verdad es que habría podido ser un buen policía: identifico al personal nada más verlo. Será que los delincuentes tenemos algo especial, eso que para

los científicos caracteriza al criminal nato. Lo sé porque lo leí en un libro hace ya años. Siempre he sido una persona muy aficionada a la lectura. Y aunque parezca raro, una persona religiosa. Lo del buen ladrón, por ejemplo, siempre me ha impactado, tal vez porque es lo que soy en el fondo. Y si hay un misterio que merezca tal nombre para mí es el de la Santísima Trinidad: ser a la vez tres y uno. ¡Ahí sí que no hay explicación científica que valga! Lo que se dice un misterio. Pero un misterio de verdad.

56

BUSINESS SCHOOL. El principal problema del mundo en que vivimos es, podéis estar seguros, que cada uno sólo ve su propio problema. Que falta una visión de conjunto. El que vivamos tiempos problemáticos desde un punto de vista económico, político y social, por ejemplo, no es forzosamente una mala noticia para el inversor experimentado. Antes bien al contrario: con un poco de tino puede ser incluso el mejor momento para invertir y obtener grandes ganancias. Es sólo un ejemplo. Como también lo es la reacción adversa que toda reducción de salarios suscita entre los empleados de una empresa. ¿Por qué? Porque cada asalariado ve sólo su propio caso, el efecto que esa reducción –por pequeña que sea– va a tener en su día a día. Cuando está claro que la medida hay que contemplarla no en términos de individuo, sino del personal considerado en su conjunto. ¿Qué significa eso? Pues que la reducción aplicada a cada individuo multiplicada por cien, por mil o por diez mil, según sea el total de asalariados, supone un incremento de lo más positivo en el balance de la empresa, lo que le va a permitir ser más competitiva, con lo cual no sólo se garantizan los puestos de trabajo sino incluso, a largo plazo, acaso una recuperación del anterior nivel salarial, siempre que un brillante balance de fin de año así lo aconseje. En una empresa el sujeto principal es la propia empresa, y nuestro deber es pensar en términos de empresa. ¿Cuál es la alternativa? Una solución que conviene aún menos tanto al asalariado como, en términos de macroeconomía, a la sociedad considerada en su conjunto: despidos. ¿Y cuál es el problema de los despidos? Pues que mientras el empleado que ve reducido su salario sigue siendo pese a todo un consumidor, el que ha sido objeto de un despido pronto deja de serlo o lo es en grado muy inferior, lo que crea un problema a la actividad económica, considerada

también en su conjunto, por las repercusiones en cadena de todo orden que supone. ¿El ideal? Salarios mínimos generalizados y consumo sostenido. Pero eso es sólo el ideal. Por no decir una utopía.

57

MASTERCHEF. Le miraba con ojos adormecidos, como con sueño.

–Me han dicho que sois muy sucios.

–¿Sucios?

–Sí, sucios. Que hacéis muchas guarradas.

–¿A qué te refieres?

–A vosotros, a los cocineros de ahora.

–¿A nosotros?

–Me han dicho que escupís en los platos antes de servirlos.

El chef soltó una risa incómoda.

–Sí, yo también he oído decir que hay camareros que lo hacen. Pero te aseguro que desde que empecé mi carrera de restaurador no lo he visto hacer ni una sola vez. Y empecé cuando era casi un crío, tras ganar el primer premio de un concurso de verano en los Alpes. Un premio de lo que entonces se llamaba nouvelle cuisine.

El visitante no pareció haber registrado la explicación.

–Y que al hacer las albóndigas les metéis mocos.

La risa entrecortada del cocinero contrastaba con la grave expresión del visitante.

–¡Qué asco! Esas cosas sólo se le pueden ocurrir a un crío.

–Y que al preparar platos de tipo japonés, los sushis y demás, os vais tocando el culo.

La risa del cocinero empezó a truncarse, troceada por el desconcierto. Si no me repugnara el contacto físico te degollaría, oyó aún decir desde lo alto.

La risa se trocó en un brusco cambio de expresión, abiertos los ojos no menos que la boca, mientras el visitante sacaba una pistola y le pegaba un tiro en la frente.

58

¡AHORA VERÁS! La idea le vino a partir del éxito arrollador que acababa de tener un tuit de una tal Silvia, que vete a saber si se llamaba así y si era realmente ella la protagonista de la grabación. Su cara, no obstante, le sonaba de algo, como de haber coincidido en un bar cualquier noche de esas.

En realidad se trataba de dos grabaciones consecutivas, de dos selfies. En la primera, los ojos mirando a lo alto, como inspirándose, se tiraba un pedo – perfectamente audible– al salir de un ascensor. En la segunda, estaba haciendo caca, y la grabación iba recogiendo las expresiones propias de las sucesivas fases de la operación –concentración, esfuerzo, sosiego– según se producían. El éxito fue inmediato: a los pocos minutos ya lo habían visto cientos de personas.

Pues te vas a enterar, se dijo; como que me llamo Yola. La idea inicial fue la de hacer caca no en un retrete, sino sobre su chico, en cuclillas sobre su cuerpo tendido. También había pensado en soltarle un pipí en la cara, pero el pobre podría atragantarse y cosas así. Además ni una opción ni otra eran fáciles de grabar.

Más sencillo, y en realidad mucho más original, era grabar lo contrario: su pareja haciendo caca acuclillado sobre sus pechos. Se trataba, sobre todo, de recoger los cambios de expresión de ella según la cosa empezaba a salir, al principio atenta y como sorprendida, luego progresivamente encantada, para concluir, radiantes los ojos y abiertos de júbilo los labios, en una explosión de triunfo. Seguro que a los pocos minutos de colgarla lo estarían viendo miles de personas. Lo que se dice barrer.

Por el momento, se fue al baño a ensayar expresiones ante el espejo.

JAQUE MATE.

–¡De buena me he librado, tía! –gritó al irrumpir en la habitación donde ella estaba ya preparándose para salir, eligiendo blusa, falda, zapatos.

–¿Qué pasa? –preguntó Lali.

–Pues que acaban de decir en la tele que un tío la ha emprendido a tiros desde un coche tanto contra peatones como contra otros coches, varios taxis entre ellos.

–¿Los ha matado?

–No sé, ahora ampliarán la noticia; luego te cuento.

Se hizo con otra cerveza y corrió a instalarse de nuevo ante la tele, justo cuando la locutora estaba ya ampliando la información acerca de dos acontecimientos simultáneos que aquella tarde habían conmocionado a la ciudad. Mientras el dueño de un restaurante era asesinado de un disparo en el cráneo, otro u otros francotiradores colapsaban el tráfico al abrir fuego a lo largo de diversas calles tanto sobre otros coches como sobre varios peatones. En un principio –decía la locutora–, en la creencia de que se trataba de una acción combinada, obra de algún grupo terrorista, las autoridades estuvieron a punto de declarar el estado de alarma y sólo al irse conociendo los detalles se llegó a la conclusión de que se trataba de dos hechos sin otra relación entre sí que su coincidencia temporal, obra tal vez de dos perturbados. Hasta el momento no se ha producido detención alguna, dijo. Respecto al asesinato del restaurante, los datos aportados por dos o tres personas que vieron alejarse del lugar del crimen al presunto autor ni siquiera son coincidentes, dijo. Y en cuanto al conductor que abrió fuego sobre coches y peatones, parece ser que sus disparos iban dirigidos más contra los vehículos –motor, ruedas, carrocería– que contra sus ocupantes, que no han resultado heridos de consideración. En lo que se refiere a los peatones, las heridas producidas se reducen a rozaduras en los pies, como si el objetivo de la agresión no hubiese sido otro que el de alterar su paso. No obstante, las investigaciones no han hecho más que empezar y todas las hipótesis siguen abiertas.

Mateo apuró la cerveza y volvió junto a Lali, ahora en el cuarto de baño, terminando de retocarse labios y pestañas ante el espejo.

–¿Algo nuevo? –le preguntó sin perder la concentración en lo suyo.

–No. Bueno, que más bien parece la obra de unos pirados. Pero tú ándate con ojo. Y a la que notes algo raro te vuelves pitando a casa.

LA MAGDELÓN. A esas horas el bar aún estaba casi despejado –alguna pareja, algún pequeño grupo en la barra–, de modo que el fondo quedaba libre para ellos, para charlar y reír a gusto. Llevaban ya unas cuantas copas y la ginebra había encendido más de un rostro cuando de pronto se oyó gritar: ¡pija, más que pija! Era Laya, y le estaba soltando un par de bofetadas a

Magda al tiempo que le abría la blusa haciéndole saltar los botones y dejándole las tetas al aire. Y, como por efecto de un disparo de salida o de una contraseña, el grupo entero se agolpó en derredor de Magda tirándole de la ropa, arrancándosela desordenadamente. ¡Pija, más que pija! ¿Quién te has creído que eres? ¡Pues vas a ver qué pijoteo te montamos! ¡Eso, todos a la vez! ¡En batallón! ¡Magda, Magdelón! ¡Si hasta lo lleva en el nombre! Le tiraban del pelo para tenerla quieta hasta caer en la cuenta de que se dejaba hacer, ora a cuatro patas en el suelo, ora tendida boca arriba, chicos y chicas al mismo tiempo, los unos sosteniéndola mientras los otros se aplicaban a sus puntos sensibles, boca, tetas, vulva, culo, relevándose los unos a los otros. ¡Anda! ¡Toma! ¡Pa dentro! ¡Mueve bien la lengua! Se les había unido un cliente que estaba tomándose un whisky en la barra, así como la camarera mulata a la que habían invitado insistentemente; el camarero se excusó porque alguien tenía que atender la barra, dijo. Pero quien acabó concentrando la atención y el entusiasmo general fue la Loli al decir: ahora dejádmela a mí. Es mi especialidad y me la habéis puesto a punto. Y acuclillándose ante aquel cuerpo flojo, como exhausto, empezó a introducir la mano, una mano fina y delicada, en aquel ojete dilatado, rezumante, con lentitud y pericia hasta bien pasada la muñeca mientras en derredor se hacía un paulatino silencio. Magda había dejado de producir sonidos y suspiros hacía ya rato, y ahora, tendida boca arriba, parecía de lo más relajada, casi adormecida. Nunca lo había pasado tan bien, musitó.

LA PALOMA Y EL CHIP. La muerte no existe. Y no es que yo me haya hecho de una de esas sectas que vuelven a estar de moda que creen en la reencarnación y cosas así, no. Mis convicciones se basan en datos estrictamente científicos. Si el descubrimiento no se ha divulgado es porque ni el científico que lo ha hecho –un genio en su especialidad– ni quienes subvencionamos la fundación que ampara sus investigaciones tenemos el menor interés en que se convierta en noticia bomba antes de tiempo. El silencio garantiza una experimentación eficaz al margen de todo bullicio, y al descubridor y a sus principales colaboradores, una vida cotidiana más que holgada al margen de toda preocupación económica tanto en el terreno profesional como en el personal.

Vamos, lo que se entiende por una jaula dorada en el mejor sentido de la expresión.

Su descubrimiento, en síntesis –y perdón por expresarme en términos más metafóricos que propiamente científicos–, es el de una pequeña glándula, que hasta el momento había pasado poco menos que inadvertida, cuya función no es otra que la de reactivar el cerebro humano afectado por un episodio de parálisis y, a partir de ahí, la totalidad del organismo, empezando obviamente por el corazón. Lo que él ha dado en llamar familiarmente el chip, a modo de acertada metáfora. Una glándula que, al igual que cualquier otro organismo de nuestro cuerpo, es susceptible de ser trasplantada o, lo que es lo mismo, de devolver la vida al cuerpo de un fallecido. Un fenómeno similar, por poner un ejemplo, a las floraciones de un arbusto, susceptibles de repetirse una y otra vez: las flores se marchitan, el arbusto permanece. A estas alturas, el único paso pendiente es el de aislar la glándula en cuestión, extraerla y trasplantarla adecuadamente a un nuevo organismo.

En tanto no se posea el método apropiado para realizar las necesarias operaciones con el éxito garantizado al cien por cien, la idea es, cuando se produzca un fallecimiento, mantener el cuerpo del fallecido en las debidas condiciones el tiempo que sea preciso, una forma de hibernación que está ya más que inventada. El cuerpo donante puede ser el de cualquier fallecido en accidente o por causas ajenas a una enfermedad, aunque, lógicamente, cuanto más joven mejor. El ideal, claro está, es el de un niño. Y el hecho de que, en relación con el chip, carezca de importancia la raza o el color del donante no deja de tener su interés, ya que el Tercer Mundo será sin duda la mejor fuente de aprovisionamiento.

La fundación se llama La Paloma por expreso deseo de nuestro genio particular. Un nombre simbólico, claro, basado en la tradición según la cual el Espíritu Santo engendró al Niño Jesús en el cuerpo de una virgen y treinta y tres años después se encargó de resucitarlo al tercer día de su fallecimiento.

Por otra parte, se trata de un descubrimiento que, una vez patentado, está destinado a convertirse en un negocio de beneficios incalculables. Pero, por el momento, quienes lo subvencionamos preferimos que se centre, antes que nada, en nosotros mismos.

Mi interés por estas cuestiones es consustancial a mi manera de ser, a mi modo de entender la vida. Así por ejemplo, yo, como empresario, creo haber acertado plenamente al centrarme desde siempre en la industria de la

alimentación a la vez que en la de los medicamentos, dado su carácter complementario. Es sólo un ejemplo.

62

TRÁNSITOS. Entró en el coche con movimientos decididos, el chófer sosteniendo la puerta abierta; impávida la mirada de éste, irónicamente soñadora la del jefe.

Tuvo suerte: un taxi quedó libre justo delante. Lo único, esperar a que el taxista y el ocupante anterior hicieran sus cuentas. Y ya dentro, eso sí, la pega del asiento aún caliente.

–¿Qué tal, Matías? ¿Todo bien?

–Sí, señor, todo bien.

–Hoy haremos una parada en la floristería, que es el cumple de mi mujer. ¿Sabes a cuál me refiero?

–Por supuesto, señor.

Fundar una fundación: un paso fundamental para todo hombre de negocios metido en diversas empresas. ¡Lo útil que puede llegar a ser a la hora de solventar problemas de diversa índole!

Otro ejemplo: ¿qué sentido tenían esas instituciones llamadas Cajas de Ahorro y Monte de Piedad, con sus ridículos beneficios en los balances? ¿Cómo tardaron tanto en darse cuenta de que, si procedían como un banco de verdad, con el incremento de los beneficios producidos iban a contribuir mucho más eficazmente a estimular la actividad económica, algo que beneficia a todos?

–Dicen que la expresión de una persona de edad es un resumen de lo que ha sido su vida.

–¿Lo dices por el abu?

–No. En general.

Dos jóvenes emprendedores coincidiendo a la entrada del edificio en el que se encuentran sus respectivas oficinas –apenas treinta metros cada una de ellas–, a impulso ambos de esa energía propia de un lunes por la mañana, con toda una semana de actividad por delante, cartera en mano, camisa blanca entreabierta bajo la americana, pantalones vaqueros, calzado deportivo. ¿Qué tal, tú? ¡Muy bien, tú! ¿Y tú? ¡A tope, tú! ¡De eso se trata, tú, a toda máquina!

Franqueada la boca del metro, el fluir de la gente parecía diluirse en las aceras, en contraste con la enérgica convergencia de quienes entraban con paso apresurado escaleras abajo, como preparándose para el asalto que les aguardaba en los andenes, el cuerpo a cuerpo propio del acceso a unos vagones ya repletos. Más educación en los autobuses, donde no era infrecuente ver ceder el paso o el asiento a las personas de edad. En las paradas, durante la espera, nunca faltaba el chico o la chica que, empuñando el móvil, como absorto, tecleaba o hacía como que tecleaba algo. Conjunción de vidas en un lugar y en un momento determinados que, si por lo general es irrelevante, ocasionalmente puede dar lugar a un hecho cargado de consecuencias que no se habría producido de no ser por esa conjunción de personas y cosas.

Sentado en un banco del parque, la boca entreabierta, los ojos semicerrados, contemplaba con expresión de sorna al jardinero que andaba regando algo más allá sin haber caído todavía en la cuenta de que la manguera había quedado enganchada en un arbusto.

No tenía sentido a esas horas seguir deambulando por la ciudad a la caza de un cliente. Mejor incorporarse a la fila de los que aguardaban a la salida de la estación. Con un poco de suerte, igual le salía un buen trayecto. ¡Que ya era hora!

–Ahora la mayor parte de los coches son blancos –comentó mientras aguardaban la luz verde del semáforo–, luego vendrán los de colorines, luego los cromados, después los negros y después otra vez los blancos.

–Es que nada pasa tan pronto de moda como las modas.

–Claro, es que así lo que no es nuevo queda antiguo. Menudo negocio si no cambiaran.

La circulación empezaba a condensarse, a formar ya recuas de cretinos. ¡Una pareja de ciclistas! Están locos: no son conscientes del peligro. ¡Y la tía esta con sus piruetas, tonta del culo! ¡Y el hijoputa del deportivo haciendo lo posible por llamar la atención! Lo de ceder el paso le parecerá humillante... ¡Házmelo a mí y verás la que te llevas!

–Lo que algún día quiero probar es eso del parkour.

–¿El parkour? Eso es antiguo, tío. Lo que mola de verdad es el balconing.

Dos de las chicas, que podían pasar por mayores de edad, se encargaron de comprar la ginebra en un chino. El resto de la pandilla aguardaba fuera. ¡Si a los chinos lo de la edad se la suda!, dijo uno.

A esas horas, como surgidas de la creciente penumbra del parque,

empezaban a situarse en su puesto habitual. Una vez allí, acentuaban el efecto oferta despojándose de alguna prenda, dejando entrever, adoptando una postura sugestiva, prometedora.

–¿Te has fijado? En tiempos de crisis la gente se tira más pedos.

–Pues mira que si afecta al calentamiento global... Por lo que se ve, ése es al menos el caso de las vacas.

63

NO ME LO PUEDO CREER. Por un momento creyó que le iba a dar algo. Había acortado la charla apresuradamente –mantenida por lo bajo durante todo el trayecto, como albergando el móvil en la mano– al caer en la cuenta de que habían llegado y de que el taxista andaba ya sacando el recibo. Y fue tras ese momento, el de pagar, de recoger el cambio, de dar la propina, de decir que no necesitaba recibo, cuando bajó del coche guardándose la cartera pero sin caer en la cuenta de que el móvil había quedado sobre el asiento. Cobró conciencia de ello de inmediato, pero para entonces el taxi ya se había perdido en el fluir del tráfico. ¡Y el móvil con él, a merced del primero que subiese a continuación cuando no, en el mejor de los casos, del propio taxista! Es decir: un resumen de lo que era su vida cotidiana expuesto a quien quisiera conocerla con sólo que le diese por manipular aquel maldito invento. Esto es: contactos, mensajes, transferencias, cuentas corrientes, datos clave de sus actividades financieras y hasta de sus preferencias sexuales. ¡Qué inconsciencia la suya! Daba igual que cayera en manos de un desaprensivo o de un honrado ciudadano que lo depositara en alguna oficina de objetos perdidos y allí, con la sana intención de identificar al propietario, empezasen a investigar sus contenidos... ¿Igual? ¡Nada de igual! Para el caso, mejor un hacker que alguien que, a la vista de esos contenidos, optara por hacérselo llegar a la policía. De ocurrir eso, sí que estaba listo. Acabado.

Un saltamontes saltó sobre el capó de un coche justo cuando éste arrancaba. Si el estupor le impidió escapar al sentirse sobre un soporte en marcha, fue luego la fuerza del aire según la velocidad aumentaba lo que le hizo imposible desprenderse de aquella sonora superficie, placado como estaba contra el parabrisas. Lo consiguió al detenerse el coche unos momentos ante un stop. Pero ¿qué era aquel entorno desolado, puro asfalto sin paisaje? ¿Dónde estaba su territorio? ¿Dónde estaban los suyos? Abrumado por la sensación de hallarse perdido, se pegó un tiro en la sien.

(Anónimo japonés del siglo XVI)

Edición en formato digital: diciembre de 2016

© Luis Goytisolo, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3759-9

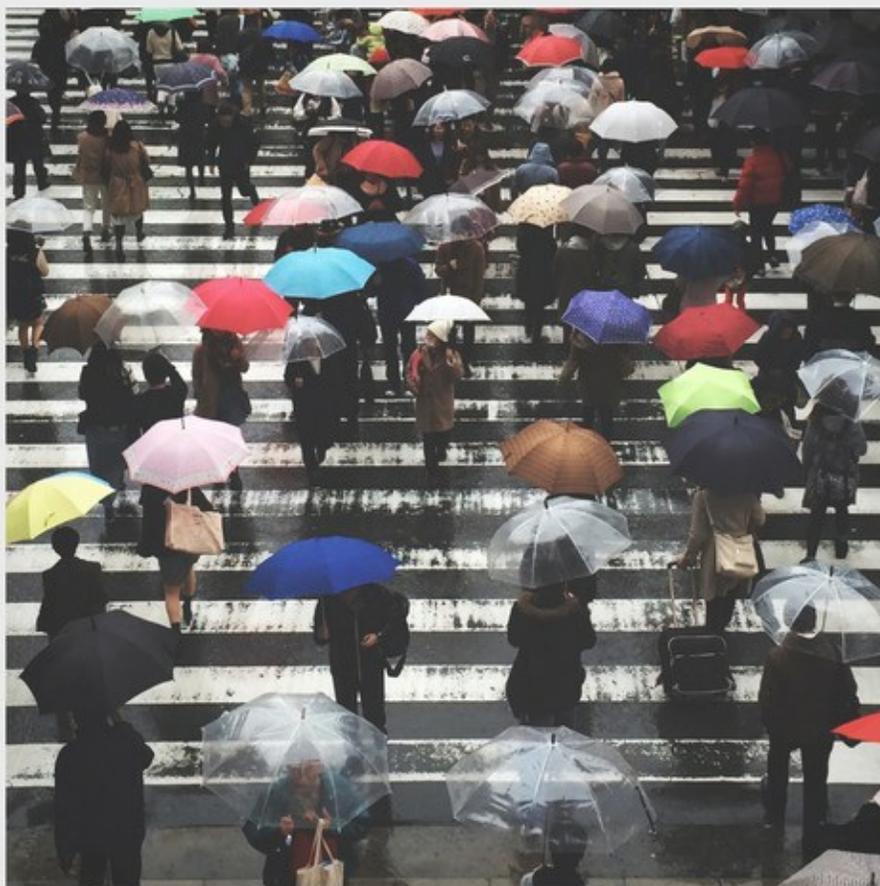
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

LUIS GOYTISOLO

Coincidencias



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas